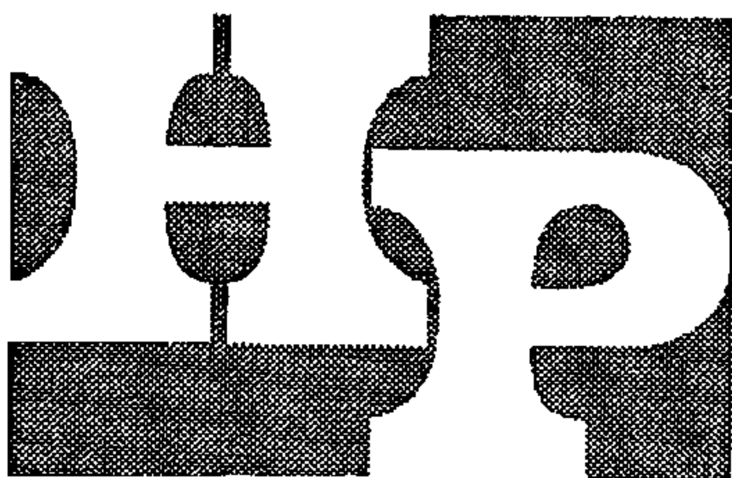


Silver Kane

UNA BALA "WILCOX"

FABA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UNA BALA «WILCOX»

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 399
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 25548-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Fue un mes de enero, cuando Bill conoció a Jim Wilcox. Claro que entonces no sospechaba aún que con el tiempo llegarían a llamarle «Una bala Wilcox».

La verdad era que entonces Wilcox parecía un tipo tranquilo, apacible, que no hablaba con nadie y no molestaba a ninguno, excepto en determinados casos. Lo peor en él era que tuviera la obsesión de matar: y que matara como mínimo una vez a la semana.

Cuando Bill entró en aquella prisión llamada «El Descansito», le hablaron en seguida de Wilcox.

—Ojalá no llegues a conocerlo, muchacho.

—Es una auténtica fiera. Disfruta matando.

—Sólo hay que ver cómo le brillan los ojos cuando le pone a uno la cuerda al cuello.

—Pues yo creo que es un excelente profesional —opinó otro—. Dicen que cuando cuelga a uno, éste no siente el menor dolor.

—¿Y tú qué sabes, idiota? ¿Lo has probado alguna vez?

Uno de los condenados a muerte masculló:

—¿Y qué me decís de «Panchito»? Ése sí que es un asqueroso…

Con todos aquellos comentarios, oídos el primer día de su paseo por el patio de la cárcel, Bill se hizo un pequeño lío.

No sabía bien quién era Wilcox, ni quién era «Panchito». No sabía demasiadas cosas tampoco de aquella prisión siniestramente llamada «El Descansito», quizá porque allí iban a parar en su mayor parte los condenados a muerte. Y ésos sí que «descansaban». Una barbaridad.

Pero aquella noche se le aclararon un poco las cosas.

Lo habían situado en una celda donde estaba solo, hasta que fuese fichado y pasara el examen médico. Y entonces le asignarían

una mazmorra donde estaría con otros tres compañeros, seguramente tres carroñas humanas.

Estaba casi amaneciendo, y Bill había podido justamente conciliar el sueño, cuando la puerta se abrió.

En el umbral apareció un hombre alto, delgado, y tranquilo. Vestía irreprochablemente, de negro. Tenía los ojos rasgados, ligeramente asiáticos. En su mirada había algo indefinible. Era a la vez de un tigre y la de un halcón.

Murmuró:

—Tú…

Bill se medio incorporó en el sucio camastro que le habían asignado, todavía con los ojos cargados de sueño.

—¿Qué pasa?

—¿No me conoces? —preguntó el aparecido.

—No.

—Al menos habrás oído hablar de mí.

—No lo sé. Apenas he oído hablar de nadie. He ingresado en la prisión justamente esta semana.

El hombre vestido de negro murmuró:

—Me llamo Wilcox.

—Ah… Wilcox.

—Seguro que me has oído nombrar.

—En efecto… Ha sido en el patio, durante el paseo. Decían no sé qué sobre su modo de matar a la gente.

—Claro que podían decirlo. Soy el verdugo de esta prisión. Soy el que da el descanso eterno en «El Descansito».

Bill se pasó una mano por la espesa cabellera, que le caía sobre la frente.

—Oiga —masculló—, me parece que se ha equivocado de puerta, hermano. Yo no estoy condenado a muerte. Vaya a despertar a otro.

—No te llamo para ejecutarte.

—Ah, menos mal. ¿Entonces para qué?

—Para que me ayudes.

Bill parpadeó. No había esperado aquello.

—¿Para qué le ayude en qué?

—¿No lo adivinas? Un tipo que viene a «El Descansito» tiene que ser una carroña humana, debe ser un buitre. De sobras sabes lo que

quiero, no te hagas el inocente. Vas a ayudarme a ahorcar a un hombre.

Bill parpadeó otra vez.

—No puede obligarme a eso.

—No, ¿eh? En ese caso tengo autorización del director para enviarte a la celda de castigo. Te advierto que allí se está con agua hasta las rodillas, y que el agua no huele precisamente bien. De modo que elije.

Bill había escogido ya. No quería crearse problemas en la cárcel, y por otra parte le inquietaba aquel tipo llamado Wilcox. Quería verle trabajar.

Pero aún protesto.

—Si es usted el verdugo tendrá un ayudante. Vaya a buscarle a él.

—Está enfermo. Por eso te he elegido a ti. No te hagas el niño; he leído tu expediente y te juro que es de alivio. Ahorcaste a tres hombres en Arizona, después de romperles los brazos para que no pudieran defenderse. De modo que no te hagas el novato y sígueme.

Bill decidió obedecerle.

La puerta de la celda quedó abierta, mientras ambos echaban a andar por el sombrío pasillo de piedra.

Desde las otras celdas, los condenados gritaban como cerdos que presienten la matanza. Los más atroces insultos iban dirigidos al verdugo y al hombre que le acompañaba. Pero Wilcox parecía no enterarse siquiera.

Quizá pensaba que a los otros también les tocaría el turno. Y que entonces chillarían de otra manera.

Entraron en una sala grande, de techo muy alto, donde había un patíbulo ya preparado y unas sillas. Sólo cuatro personas se encentraban allí. Una de ellas era el director de la temible prisión, y los otros dos ayudantes suyos que sin duda servirían como testigos. La cuarta persona llamó especialmente la atención de Bill. Se dio cuenta de que acababa de conocer a «Panchito».

«Panchito» era un mejicano gordo, tranquilo y astroso. Debía pesar sus buenos cien quilos. Como muy pronto sabría Bill, «Panchito» era una pieza esencial para la buena marcha de las ejecuciones de Wilcox.

Éste miró al director.

—Ya tengo ayudante.

—Muy bien, pues despache pronto. ¿Quién va a ser esta noche?

—Ulm.

El director arrugó el ceño.

—¿Por qué liquida a los compinches y no mata al jefe de una vez? ¿Por qué lo alarga tanto?

—Porque así es más divertido —dijo Wilcox con el rostro inexpresivo—. No hay placer que pueda compararse a esto.

Hizo una señal a Bill.

—Tú, ven.

Bill le siguió.

Estaba como aturdido, y la verdad era que nunca le había ocurrido una cosa así. Él era un hombre sereno, despierto, que sabía por dónde andaba. Pero la prisión de «El Descansito», a aquella hora tenía un aspecto casi irreal, fantasmagórico. Los aullidos de los condenados llegaban hasta el fondo del cráneo. Era como una visión de pesadilla, algo que le enloquecía a uno y le impedía razonar como hubiera pensado normalmente.

Mientras avanzaba por otro largo pasillo, Bill murmuró:

—¿Qué es eso de elegir? ¿Es qué usted selecciona a los que va a ahorcar?

—Sí.

—Creí que esas cosas eran más serias. Pensé que era el juez el que condenaba.

—El juez ha condenado a toda la banda que tengo ahí abajo —explicó Wilcox—. Eran ocho y sólo quedan cinco. Tenían que ser ahorcados todos en la misma noche, pero yo me he organizado las cosas a mi manera. Soy el que establece los turnos. No tengo prisa, ¿sabes? Cuando me parece, voy y elijo uno. Nadie sabe cuándo ni a qué hora. Esos bichos están que no viven. Cada vez que oyen mis pasos, se les sube el corazón a la boca. Uno de ellos ha perdido veinte kilos desde que está aquí. Porque es lo que yo digo: matar a un hombre es demasiado rápido. Hace falta que se dé cuenta…

Bill se pasó otra vez la mano por los cabellos.

No sabía qué pensar de aquel tipo.

No sabía si era tan repulsivo como los propios criminales que ahorcaba o una especie de ángel exterminador que imponía la paz del único modo que era posible en Nuevo Méjico: con un buen

patíbulo y una buena cuerda.

Descendieron unas escaleras de piedra, haciendo huir a una auténtica legión de chillonas ratas.

La celda que había abajo debía ser la más segura, y era también la más grande. Un centinela armado con un rifle estaba ante la puerta. La abrió y penetró con ellos apuntando ostensiblemente a los cinco tipos que estaban sentados sobre la paja.

Bill achicó los ojos al verlos.

Bonito racimo de hijos de perra… El más inocente de ellos merecía algo así como la muerte en la hoguera. Estaba allí la casi totalidad de la banda de «Perro» Douglas, con el jefe incluido. «Perro» Douglas había impuesto el terror en Nuevo Méjico durante dos años, con los métodos más despiadados que el ser humano pueda imaginar. Ahora el terror le correspondía pasarlo a él.

Fue «Perro» Douglas el que primero miró a la cara a Wilcox, con sus ojos también levemente rasgados, que curiosamente se parecían a los del verdugo.

—¿Ya estás aquí, Wilcox? ¿Ya has venido a buscar carnaza para tus pájaros?

Lo de «carnaza para los pájaros» fue algo que no comprendió por el momento Bill. Pero no había de tardar en entenderlo.

Por entre los barrotes de la única ventana, se filtraban unos debilísimos rayos de luz, precursores del amanecer que ya estaba próximo.

Esa luz resbalaba sobre las caras sudorosas de los cinco hombres. Todos tenían miedo, un terror atroz, incluso «Perro», aunque éste tratara de disimularlo. Habían visto desaparecer a tres de sus compañeros, luego habían oído «aquello». Sólo el pensar que ellos correrían la misma suerte —y no sabían por qué orden, eso era lo peor— les helaba la sangre.

Wilcox sonrió.

Tenía en la mano una lista de ocho nombres, de los cuales ya había tachado tres.

—Va a haber fiesta —dijo—. Y la verdad es qué no sé a quién invitar.

Entre un silencio espantoso, miró socarronamente a Douglas.

—Mañana es domingo —dijo—. Un día grande, por lo tanto. Mejor dicho, es domingo. Y aunque la Ley prohíbe ejecutar en día

festivo, yo esa ley me la paso por las narices. Precisamente pensaba celebrar el domingo con algo grande, con algo especial. Por ejemplo, eligiéndote a ti, «Perro».

Douglas tembló. Su lividez era espantosa. Hasta su barba de varias semanas parecía haber cambiado de color.

En su expresión, el miedo y el odio estaban mezclados de una forma tan satánica que Bill se estremeció en contra de su voluntad.

Wilcox fue mirando a los condenados burlonamente, uno a uno.

—O quizá no elija a una pieza tan valiosa —susurró—. Lo bueno hay que guardarlo para el final. Tal vez escoja a Reg.

El nombrado se estremeció. Echó la cabeza para atrás con tal fuerza que casi la estrelló contra la pared.

—Pero ya he tomado una decisión —dijo Wilcox en seguida—. Sí, ya sé a quién voy a invitar a la fiesta de esta noche. A Benítez…

Sonrió burlonamente, mirando alternativamente las dos caras que estaban frente a él.

Por lo visto la agonía de los condenados no había terminado aún.

—Pero ¿a cuál de los dos? —murmuró Wilcox—. Hay dos Benítez, dos primos hermanos. ¿Con cuál me quedo?

Uno de los condenados, el más joven, se puso a aullar. Se lanzó de cabeza contra las paredes. Se arrastró por el suelo.

—¡Basta! ¡Basta! —aulló—. ¡Mátame a mí de una vez! ¡Liquídame! ¡Pero bastaaa…!

Estaba loco de terror. El miedo le hacía babear. Se contorsionaba como un reptil, sufriendo cien espasmos.

Wilcox le miró pensativamente.

Le dejó sufrir un poco más y luego, murmuró:

—Tú estás aún muy verde, muchacho. Te dejaré vivo aún, para que te vayas acostumbrando a la idea de la muerte. Al que me llevaré es a tu primo.

Y lo señaló con su dedo índice, que parecía un garfio.

—Tú, maldito… ¡Arriba!

El condenado se puso en pie, aunque las piernas apenas le sostenían. El guardián le hizo salir a culatazos, mientras los demás prorrumpían en alaridos de fieras enjauladas.

Bill entendió muchas de las maldiciones, sobre todo las que iban dirigidas a él.

—¡No esperes salir vivo de aquí, cerdo!

—¡Sólo por haber ayudado a Wilcox tú eres también un condenado a muerte!

—¡Te estrangularemos con nuestras propias manos!

Wilcox mascullό:

—No hagas caso. No tienen la menor oportunidad de cumplir sus amenazas. Dentro de una semana estarán todos muertos.

Llegaron a la sala de techo alto, donde estaba el patíbulo. Wilcox hizo subir a Benítez.

Miró a Bill.

—La cuerda.

Él se la tendió. Wilcox hizo un nudo de verdadero maestro.

Bill, que entendía de aquello, comprendió que estaba delante de un verdugo de primera.

—Átale las manos.

Bill obedeció. Luego hizo lo mismo con los pies. Pronto el condenado se convirtió en una especie de fardo.

«Panchito» permanecía quieto y a la expectativa, cerca de la trampilla. Bill no sabía muy bien cuál era su papel.

—Muy bien —dijo Wilcox—. ¿Tienes alguna última voluntad, Benítez?

El condenado trató de escupirle a la cara, pero no le alcanzó.

—¡Muérete!

—Ya lo haré, muchacho, ya lo haré… Precisamente por eso te envío a ti delante, para que me expliques cómo es el otro barrio…

Sin más ceremonias, hizo una seña a «Panchito» y tiró de la palanca que abría la trampilla.

Benítez cayó estrepitosamente, y entonces supo Bill el verdadero papel que en todo aquello jugaba «Panchito».

El gordo se colgó instantáneamente de las piernas del ahorcado, según una vieja técnica que tiene mucho de salvaje y al mismo tiempo de humanitaria. Porque al unir su peso al del ahorcado, el cuello se rompió instantáneamente y la muerte no se hizo esperar ni unos segundos. Benítez se convirtió al instante en poco más que una piltrafa que oscilaba de la cuerda.

«Panchito» se despegó de él.

—Bueno, ahora viene la segunda parte —dijo Wilcox.

Bill estaba todavía perplejo.

¿Cuál era la segunda parte? ¿Enterrar a Benítez?

Pronto comprendió que no.

Al salir a la terraza superior de la siniestra cárcel, vio un espectáculo que no olvidaría jamás. Docenas y docenas de buitres estaban llegando desde las montañas peladas de Nuevo Méjico, que rodeaban aquella especie de paisaje lunar donde estaba «El Descansito». Eran buitres gordos, lustrosos, enormes. Como si adivinaran en qué momento iba a producirse la ejecución, estaban ya allí esperando su presa. Al ver aparecer el grupo se pusieron a lanzar espantosos graznidos, unos graznidos que helaban la sangre y convertían aquélla en una visión de aquelarre. Cual si fuese una pesadilla. Wilcox hizo una seña para que dejaran el cadáver sobre la gran terraza de piedra.

—Aquí sólo enterramos los huesos —aclaró mirando a Bill—. Y ahora vamos pronto adentro. No sea que nos ataquen a nosotros…

Los graznidos se habían convertido en algo espeluznantes, espantoso.

Los buitres se lanzaban como una horda negra. Sus gritos debían oírse en toda la cárcel. Ahora comprendía Bill lo que significaba aquello de «carnaza para los pájaros».

Wilcox se frotó las manos.

—Bueno, ya está.

—¿Por qué mantiene a esos buitres? —masculló Bill. ¿Por qué los alimenta de esa manera?

—Los buitres me gustan.

—No me extraña…

—Además son útiles.

—¿Útiles para qué?

—Trata de huir y lo verás, muchacho. Trata de escapar y lo verás…

Bill no lo comprendió muy bien tampoco, aunque iba enterándose de muchas cosas de las que ocurrían en «El Descansito». Por el momento se limitó a decir:

—Sólo estoy condenado a ocho años, y aún pienso pedir la revisión del proceso. Pero en el peor de los casos, aunque confirmen la pena, ocho años pasan pronto. No me expondré a una bala por la espalda. Prefiero estarme quieto…

Wilcox fue a darle un golpecito en la espalda, con un gesto

amable, pero Bill se revolvió.

—¡No me toque!

Los ojos fríos y oblicuos de Wilcox le miraron un instante con una expresión acerada, inexplicable.

Luego susurró:

—Sólo quería decirte que «así se hace», muchacho. No tratar de huir es siempre una buena medida. Pero si no quieres amistad conmigo, allá tú. No volveremos a hablar hasta que te necesite para otra ejecución.

—No me vuelva a llamar.

—¿Por qué no?

—Su ayudante ya se habrá puesto bueno.

—¿Y qué? Puedo cambiar de ayudante, si me place. Y tú haces los nudos mejor que él. Me he fijado en eso. Eres un tipo extraño, Bill. Pareces un profesional de muchas cosas que aquí no se pueden nombrar. Sí… Un tipo extraño…

Puso un cigarrillo entre sus delgados labios y desapareció.

El guardián miró a Bill.

—Tú…

Bill comprendió que había llegado el momento de volver a su cochina celda.

Capítulo II

Quizá sea preciso hablar un poco de «El Descansito». Tal vez sea necesario decir ahora que fue durante años la peor prisión del Sudeste, peor aún que la siniestramente famosa de Yuma. Y que, evidentemente, era la peor de Nuevo Méjico.

Allí no se iba a vivir, sino a morir.

Contados hombres ingresaban en «El Descansito» para cumplir condena de cárcel. En todo caso, para que los llevaran allí, tenían que ser considerados como muy peligrosos. Lo normal era que se fuera a «El Descansito» para descansar. Más claramente: para descansar toda la eternidad. Los que ingresaban en aquel lugar eran en su noventa por ciento condenados a muerte.

Por eso toda la banda de «Perro» Douglas había sido llevada a un paraíso tan especialmente repugnante.

Por eso iba siendo eliminada lentamente, y los cuerpos de sus miembros servían de carnaza para los buitres.

«El Descansito» estaba situado entre unas montañas inhóspitas, donde sólo podían vivir los reptiles. Allí no crecía ni un cactus. La fortaleza de piedra estaba llena de ratas, de cucarachas y hasta había alguna serpiente. Era fama que, en las celdas de castigo, los reptiles se deslizaban por los desaguaderos, y más de un condenado había aparecido por la mañana, muerto, debajo de alguna viscosa cobra.

Por eso eran muchos los que enloquecían allí de terror. Y por eso eran bastantes los que intentaban fugarse, pero sin contar con una fuerte ayuda del exterior era inútil.

Los guardianes tenían orden de tirar a matar. Y disparaban a matar apenas uno, en los simples paseos de todas las mañanas, se salía de la fila.

Los ocho jinetes que aquel anochecer aparecieron en lo alto de la loma, procurando no hacerse visibles, sabían eso.

Los ocho estaban convencidos de que su trabajo no iba a ser fácil, pero estaban dispuestos a llegar hasta el final.

El más viejo, que lucía unos enormes bigotes de foca, se llamaba curiosamente «Bebé». Los otros, como él mismo, estaban elegidos entre la peor escoria del Sudoeste. Habían obedecido a «Perro» Douglas durante años. Ahora trataban de salvarle.

«Bebé», murmuró:

—Falta media hora para que se haga de noche completamente. Podemos empezar a distribuirnos y a seguir el plan.

Los ocho jinetes se dividieron silenciosamente en dos grupos de a cuatro.

Uno se dirigió a «El Descansito» por el Sur; otro lo hizo por el Norte, siempre en silencio.

Los caballos fueron dejados a cierta distancia, para que ni un solo relincho pudiera delatarles.

A unas cincuenta yardas del muro exterior de la prisión, empezaron a arrastrarse por el suelo arenoso.

La oscuridad que les envolvía era casi completa. Se distinguían entre ellos, pero no les podían ver desde lo alto de los muros. Sin embargo, era imposible escalar éstos sin que los centinelas los distinguieran.

Con eso contaba «Bebé».

Había prometido cinco mil dólares al hombre que estaría vigilando en el punto clave al cual se dirigían ahora. Cinco mil dólares para que no se enterara de nada cuando el momento crítico llegase.

Se acercó más al muro y, una vez junto a él, guardó silencio. Varios hombres le siguieron, con las facciones sudorosas y expectantes. Esperaron con ansia.

Si el centinela se arrepentía del trato en el último momento, o si simplemente —por una de esas casualidades que pasan muchas veces— había sido sustituido por otro, todo se iría al infierno.

Ellos también ingresarían en «El Descansito» y también terminarían sirviendo de carnaza para los buitres, si una serpiente no les mordía durante la noche, en el horror de las celdas de castigo. Pero nada ocurrió.

Era evidente que el centinela ya les había visto. Y si guardaba silencio, eso significaba que el acuerdo seguía en pie.

«Bebé» musitó:

—Arriba…

El más hábil de todos, un norteño parecido a un mono, con largos brazos y cara estúpida, se pegó materialmente a los salientes de la pared. Trepó por los rebordes con una agilidad insospechada, como lo hubiera hecho un simio. Los otros le siguieron, un poco más pesadamente.

En lo alto estaba el centinela, con su rifle a punto.

Ayudó a subir al primero.

—Silencio… ¿Viene «Bebé»?

—Detrás.

—Aguarda aquí… He de hablar con él.

Los otros fueron ascendiendo. «Bebé» tardó un poco más. Cuando llegó arriba, estaba sudoroso.

El centinela masculló:

—Mi dinero. Convinimos en que me lo darías ahora.

«Bebé» sonrió.

—Sí, claro… Así podrás irte, muchacho… Podrás huir en seguida.

Nadie fue capaz de seguir el movimiento fulgurante de su mano derecha. Nadie, y mucho menos el que iba a ser la víctima. El centinela sintió la hoja de acero clavada en sus entrañas cuando aún no se había dado cuenta de nada. Aulló como una res sacrificada, y ese grito se transmitió a toda la cárcel.

Inmediatamente sonó la alarma. Pero la mitad de los hombres de «Bebé» ya estaban allí, y la otra mitad se acercaba rápidamente al muro por el lado opuesto.

«Bebé» masculló:

—Hemos de llamar nosotros la atención para que los demás tengan el campo libre. ¡Vamos! ¡Fuego! ¡Que no quede ni uno vivo!

Los cuatro hombres dispararon rabiosamente.

Dos de los centinelas que habían asomado por el borde del tejado, cayeron acribillados por las balas.

Otro intentó huir, lanzándose por una escalera de piedra que llevaba al interior, pero sus pies no llegaron a tocarla. Sólo la alcanzaron sus manos, cuando una traca de disparos le alcanzó y

cayó de bruces junto al borde del primer peldaño.

Todos los demás centinelas oyeron aquellos disparos. Y corrieron hacia el lugar donde sonaban.

Eso era lo que «Bebé» esperaba.

De ese modo los que subían por el otro lado, y que iban a hacer el auténtico trabajo, tendrían vía libre.

Los disparos fueron escuchados también, aunque en sordina, en el sótano donde yacían «Perro» Douglas y sus hombres. Éstos se pusieron en pie, con las facciones ansiosas, mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por ellas.

«Perro» estaba seguro de que su lugarteniente «Bebé» no se olvidaría de él. De que en un momento u otro vendría a salvarle, y de que lo haría antes de que colgara de una cuerda.

Ahora la ocasión había llegado. Huirían todos de allí.

Lo malo estaba en que ya no eran cuatro, como después de la última ejecución. Ahora eran solamente tres.

* * *

Wilcox se había dado una vuelta por la mazmorra cinco minutos antes.

Había señalado al segundo Benítez y había dicho:

—Éste.

Ahora el segundo Benítez aullaba como un desesperado con los pies sobre el patíbulo. Oía los disparos, se daba cuenta de que aquello podía significar la libertad, y la idea de la muerte se le hacía por eso más insoportable. Pero ya le estaban atando las manos. Ya poco faltaba para que «Panchito» se colgara de él y lo enviara al infierno.

Bill hizo los nudos bien, pero con cierta precipitación. No le gustaba nada aquello.

Y le sorprendía la frialdad incomprensible de Wilcox, aquella calma glacial, como s: arriba no ocurriera nada, como si en los terrados de «El Descansito» no se estuvieran jugando la vida todos ellos.

Por todas partes se oían gritos:

—¡Arriba!

—¡Están en la parte norte!

—¡Son sólo cuatro!

—¡Acabaremos con ellos!

Pero lo que ignoraban era que cuatro hombres más entraban en aquel momento per la parte sur, aprovechando que ésta se hallaba desguarnecida. Eran las cuatro piezas principales, las que, por decirlo así, cogerían a los guardianes por la espalda. No tuvieron dificultades para llegar a los pisos inferiores de la prisión.

Allí todo fueron gritos y maldiciones. Los guardianes de las puertas habían sido cazados por sorpresa. No comprendían de dónde salían, aquellos otros cuatro hombres sobre los cuales nadie había dado la alarma y que les baleaban desde todas las direcciones.

En el interior de la sala de ejecuciones, el director estaba lívido.

Se daba cuenta de que algo inconcebible estaba a punto de ocurrir. ¡La prisión podía ser tomada al asalto por un grupo de forajidos! Las consecuencias de todo aquello serían incalculables, sobre todo para él. Porque era seguro que a él no le perdonarían la vida.

Balbució:

—Wilcox… Deje eso. Todos hemos de tomar las armas. ¡Nos están atacando por todas partes!

Wilcox le dirigió una de sus miradas incomprensibles, cargadas de hielo.

—¿Y para qué quiere que tomemos las armas, director? Para matar forajidos, ¿no?

—¡Claro!

—¿Pues qué otra cosa estoy haciendo?

—¡Pero dese prisa! ¡Mate a ese hombre de una vez! ¡Péguele un tiro en la cabeza!

—No, no, no… Nada de eso. Las formalidades deben ser cumplidas. Una ejecución es una cosa muy seria.

Y mirando a la cara a Benítez le preguntó:

—¿Alguna última voluntad, muchacho?

—¡No me mates! —aulló el otro, loco de terror—. ¡No puedes matarme ahora! ¡No puedes! ¡No puedeees!…

A un paso de la vida y la libertad, le daba más horror todavía la idea de la cuerda.

Bill ya había terminado de atarle.

La serenidad de Wilcox, el verdugo, le hacía admirarle por un

lado y detestarle por otro.

Aquel hombre disfrutaba con su trabajo. Ahora lo comprendía.

¿Pero por qué? ¿Qué había en su pasado? ¿Por qué había convertido su vida en una senda de muertes?

Ninguna de aquellas preguntas podía tener respuesta por ahora.

Wilcox movió la trampilla. El último aullido del condenado se mezcló al ruido que hizo «Panchito» al saltar. Un chasquido siniestro llenó la habitación en seguida.

El segundo Benítez acababa de morir.

La ejecución, como todas las otras, había resultado perfecta.

El director bramó entonces:

—¡Ya están aquí! ¡Dios santo! ¡Esos rifles no son los nuestros!…

Conocía perfectamente el sonido de los rifles reglamentarios en «El Descansito». Y estos otros que sonaban ahora eran otros, muy distintos. Se trataba de armas de menor calibre, pero más rápidas. Se oían también estampidos de revólver, arma que los guardianes no acostumbraban a usar.

Balbució:

—Ya han tenido que liberar a «Perro»

—Me sabe mal no ahorcarle —fue todo el comentario de Wilcox —. Pero así su muerte será más divertida.

Saltó al patíbulo, se dirigió a una mesa que había a un lado de la sala y abrió el cajón central.

Allí había dos revólveres. Tomó uno de ellos y lo empuñó con mano segura.

Luego miró a Bill.

—Muchacho…

Bill sonreía. Tenía una, sonrisa cuadrada y gélida.

Y entonces se dio cuenta Wilcox de que aquélla era la sonrisa de un asesino. La típica sonrisa de un hombre que ha nacido para matar.

—Muchacho —dijo el verdugo—, tú eres un condenado.

—Claro… —dijo Bill simplemente, contestando por un lado de la boca.

—Pero «Perro» y los otros dijeron que igualmente te matarían.

—Claro…

—Vas a tener una oportunidad para defender tu cochina piel. Tendrás un revólver, pero sólo por el momento. Seguirás siendo un

condenado cuando todo esto termine.

—Y entonces me quitará el revólver, ¿no?

Wilcox retrucó con la palabra que parecía ser favorita de Bill:

—Claro…

—Muy bien. De momento démelo para que pueda defender mi sucio pellejo, como usted dice. Luego ya hablaremos.

Wilcox no vaciló.

A pesar de saber que armaba a un condenado, le lanzó el revólver por los aires.

Por el modo de atraparlo Bill, se dio cuenta ya de que éste no era un cualquiera. Sólo le faltaba a su mano aquel revólver para ser completa. ¡Si hasta sus dedos tenían la forma de la culata! ¿De dónde había salido aquel tipo? ¿Quién era en realidad?

Pronto lo supo.

La puerta de la sala se abrió de repente. En ella aparecieron dos hombres. Los dos tenían las facciones congestionadas, las bocas abiertas en una mueca satánica.

Vieron el ahorcado y también a Wilcox. Lanzaron a la vez un mismo grito de odio.

Fue lo último que hicieron.

Bill había disparado dos veces. Lo hizo tranquilamente, sin apuntar siquiera. A pesar de que los otros tenían los revólveres preparados, no fueron tan rápidos como él.

Los dos aparecidos apenas tuvieron tiempo para soltar sus «Colt» y llevarse las manos a la cabeza.

En sus frentes habían surgido dos agujeros redondos, exactamente iguales. Bill produjo con la lengua un extraño chasquido.

—Premio… —dijo—. Los dos en el mismo sitio.

Luego salió.

Wilcox le siguió, como alucinado. El director y sus ayudantes salieron también.

Instintivamente fueron hacia la salida, donde suponían que estarían los atacantes. Pero no se dieron cuenta de que dos de ellos se encontraran ya a su espalda.

Los forajidos dispararon rabiosamente. Lógicamente las víctimas fueron los hombres que habían salido en último lugar, y que con sus cuerpos cubrieron sin saberlo a los que iban delante.

El director de «El Descansito» lanzó un aullido de muerte. La primera bala le había atravesado la columna vertebral. Sus dos ayudantes se doblaron también, mortalmente alcanzados en sus cinturas.

Al caer, dejaron visibles a los dos forajidos. Y dejaron al descubierto también a los que habían marchado delante, es decir, al verdugo Wilcox y a su extraño ayudante Bill.

Los dos dispararon al mismo tiempo.

Se oyó un doble y tenso aullido. Los forajidos brincaron casi hasta el techo. Dos brechas de color rojo habían nacido en sus gargantas cuando se desplomaron a tierra.

Bill murmuró:

—Menos mal. Creí que los dos habíamos tirado contra el mismo.

—Yo, por instinto, elijo siempre el de la izquierda —dijo Wilcox.

—Y yo el de la derecha.

—Así da gusto trabajar.

Los dos se miraron a los ojos y sonrieron con aquellas sonrisas inexplicables, heladas, de hombres que sólo parecen encontrarse a gusto sobre una tumba.

Eran dos almas gemelas, pero sólo ahora lo comprendían. Eran dos hombres nacidos para matar.

Wilcox dijo lentamente:

—Si «Perro» ha huido, nunca me lo perdonaré.

—¿Por qué?

—El matarle ha sido la obsesión de los últimos años de mi vida. Disfrutaba pensando en el momento de hacerlo. Lo he dejado para el final sólo por eso.

—Pues me temo que ya no puedas «dejar» a nadie. Es seguro que esos buitres han huido. Sus compinches no habrán atacado «El Descansito» sólo para desearles felices fiestas.

—Aún estamos a tiempo de cazarles… Suponiendo que tú estés de mi parte.

Bill improvisó otra de sus heladas sonrisas.

—¿Qué remedio? Si «Perro» desea matarme a mí, yo quiero matar a «Perro».

Wilcox le tendió su mano derecha. Era una mano huesuda, dura, que parecía de hierro. Era como uno imagina que han de ser exactamente las manos de los verdugos.

—Pero tú eres un condenado —murmuró—. Nuestro pacto durará exactamente lo que dure la vida de «Perro» Douglas. Luego tendrás que devolverme ese revólver.

—Tendrás que aprender a quitármelo —dijo Bill suavemente—. Cuando me dan un revólver, ya no lo devuelvo.

Los dos hombres se miraron intensamente otra vez. Sus miradas parecieron chocar en el aire y despedir chispas al encontrarse. Por un momento Bill pensó que Wilcox iba a disparar contra él, y por su parte se dispuso a apretar también el gatillo.

Los dos eran de esos tipos que no perdonan.

Pero de pronto el verdugo lanzó una carcajada. Fue una carcajada áspera, brutal, que en determinados momentos sonaba como la ronca campana de un funeral. Golpeó a Bill en el pecho, suavemente, y masculló:

—Muy bien, muchacho… Te quitaré ese revólver cuando matemos a «Perro» Douglas y a toda su banda. Te lo quitaré en el momento en que te metan en el ataúd.

—¿Me matarás tú?

Wilcox sonrió irónicamente.

—¿Quién sabe…?

Y lanzó otra brutal carcajada, mientras clavaba en él sus ojos de halcón. Era aquélla una mirada que hubiese helado la sangre de cualquiera que no fuese Bill.

En aquel momento apareció alguien más por la puerta de la cámara de ejecuciones.

Era uno que no había querido arriesgarse a salir en el primer momento, por si las cosas venían mal dadas. Alguien que sabía tomarse la vida bien, quizá porque siempre estaba en contacto con la muerte.

«Panchito».

Les miró a los dos y suspiró:

—Menos mal. Veo que no se han terminado las ejecuciones…

CAPÍTULO III

No, no habían acabado las ejecuciones.

Para Wilcox y para Bill los hombres que habían huido de «El Descansito» eran todos condenados a muerte Todos, sin excepción ninguna. O los matarían a golpes de gatillo o los harían colgar de una cuerda. Pero las ejecuciones, como pensaba «Panchito», no habían acabado. No, de ningún modo.

Los tres hombres hicieron recuento de los cadáveres antes de salir.

Había sido una carnicería.

Hombres de la banda de «Perro» yacían en todas partes, en las más grotescas posturas. Había algunos de ellos que estaban materialmente acribillados a balazos. Pero por cada forajido muerto había al menos tres guardianes que pasaron la frontera del Más Allá. Los hombres de «Perro» se habían despachado a su gusto antes de huir. Aprovechando la desorientación de los vigilantes, que no sabían dónde estaba el enemigo, habían hecho una verdadera matanza.

Uno de los guardianes aún estaba temblando junto a una de las puertas de hierro.

Sus ojos reflejaban el más absoluto horror.

Bill se encaró con él.

—¿Cuántos eran?

—No… no lo sé… Parecía como si la cárcel estuviese llena… Salían de todas partes…

Bill olfateó el aire. Se oían tras las rejas los gritos desesperados de los otros presos. Quizá creyeron que iban a libertarles también, pero los hombres de «Perro» no lo habían hecho. Para ellos sólo contaban el jefe y los demás compinches.

—De modo que no sabes cuántos eran… —murmuró—. ¿Y por dónde infiernos han huido?

—Por el norte, por el sur…, ¡por todas partes! No me pregunte porque bastante trabajo he tenido con salvar mi vida… ¡Si me encuentran me matan también! Pero estoy seguro de que se han dispersado para luego reunirse en alguna parte.

Bill arqueó una ceja, mientras se mordía el labio inferior. Sí, era lo normal. Aquellos malditos se reunirían en algún sitio, donde quizá fuera fácil acabar con ellos. ¿Pero cuál?

Notó que el guardián clavaba en él sus ojos desencajados.

—Pero tú… —balbució.

—¿Qué pasa? —dijo Bill.

—¡Tú eres un preso!…

—Te equivocas. Lo era.

Chascó dos dedos ante las narices del guardián y dijo ominosamente:

—¿Te acuerdas de rezar?

—Sí, claro… Pero…, pero…

—No, no voy a matarte a ti. No temas. Lo que te pido es que reces por «Perro» Douglas y sus compinches. Van a necesitarlo…

* * *

«Perro» aspiraba con fruición el aire nuevo de la libertad. Le parecía que el mundo, que la vida, eran maravillosos. Al estar a caballo, al tener otra vez para sus correrías todo el Sudoeste, cuando ya creía estar en la tumba, sentía una sensación de felicidad que no había tenido nunca. Pero al mismo tiempo su mirada jamás había sido tan sombría, tan negra. Un odio frío e implacable nacía en él.

Era un odio contra todos los que habían gozado de libertad mientras él estaba en aquella mazmorra de «El Descansito». Odio contra todos los que habían dormido en paz mientras él esperaba cada noche que vinieran a colgarle. Odio contra las mujeres que durante tanto tiempo no había podido acariciar. Odiaba a todo el mundo.

Estaba dispuesto a que se hablase otra vez de él desde Texas hasta California. Estaba deseoso de que se hablara de él con más horror que nunca.

«Bebé» cabalgaba junto a él. Y «Bebé» captó aquella mirada.

—Estás deseoso de volver a empezar, ¿no, Douglas?

—Lo que he hecho hasta ahora no ha sido nada. Mi carrera empieza hoy.

—Pues para eso tienes que pensar en un par de cosas.

—Dilas.

—La primera es reunir la banda y reforzarla. Ha sido una carnicería. Quedamos pocos hombres.

—Eso no es problema. En cuanto sepan que estoy libre otra vez, docenas de hombres vendrán a reunirse conmigo. Incluso sobrarán. El problema será seleccionarlos.

—Pero hay algo más —dijo «Bebé»—. Algo en lo que hemos de pensar antes que en nada.

—¿El qué?

—Hemos de matar a Wilcox.

«Perro» rechinó los dientes. Wilcox… ¡Cómo odiaba a aquel hombre! ¡Cómo odiaba su mirada de halcón, su expresión fría, sus manos implacables de verdugo! Obsesionado por la huida, no había podido preocuparse de si Wilcox figuraba entre los muertos o no. Confiaba en que sí. Pero ahora «Bebe» le desengañó con un gesto.

—No, Wilcox no ha muerto —dijo—. No podía entretenerme en buscarlo por todo «El Descansito», que es enorme, porque lo esencial era huir. Pero me he fijado en los muertos, y él no estaba. Wilcox nos seguirá. No podremos estar tranquilos mientras ese buitre aliente sobre la tierra.

«Perro» volvió a rechinar los dientes.

—Daré con él y le mataré —prometió—. Si nos sigue, tanto peor para él. Más fácil me será echármelo a la cara.

—Wilcox es escurridizo. No se presentará ante ti como un colegial, esperando que le dispares. Tampoco tiene escrúpulos, y si surge lo ocasión te matará por la espalda.

«Bebé» añadió lentamente, mientras frenaba un poco el galope de su caballo:

—Hay que prepararle una trampa…

«Perro» se pasó una mano por la boca. Por unos momentos pensó febrilmente, mientras su mirada se hacía más y más turbia. Luego sus ojos se iluminaron.

—Una trampa… —masculló—. Caerá en ella, seguro… Un

hombre como él morderá esa clase de anzuelo. ¡Ya lo tengo!…

* * *

Los dos hombres vieron la pequeña casa desde lo alto de la colina. Aquélla era, o, mejor dicho, había sido un rancho pobre, como casi todos los de aquella zona de Nuevo México. Ahora podía decirse que no era nada. La casa ardía. Y por los alrededores se veían tres bultos quietos que a distancia no se precisaban bien, pero que debían ser tres cadáveres de hombres.

Las huellas de los caballos se apreciaban claramente en el terreno polvoriento, en la ruta que ellos habían seguido. Aquél era el rastro dejado por la banda de «Perro». Aquello y además el rancho incendiado que ahora tenían ante los ojos.

Las tierras de la meseta se extendían ante su mirada, acres y hostiles. Aquello era un infierno en verano, pero ahora, en enero, el frío llegaba hasta los huesos. Unos densos nubarrones envolvían el paisaje en una atmósfera color plomo.

Wilcox dijo con voz reconcentrada:

—Han pasado por ahí…

—Sí… Ahora no cabe duda de que estamos sobre sus huellas.

—Esos malditos… ¡Esos lobos del demonio!…

—¿Qué esperaba, Wilcox?

—Es lógico… Claro que sí. El lobo muerde porque ése es su instinto. Y por eso no hay que hacerle preguntas. Al lobo se le mata. Yo no maté a «Perro», a pesar de que pude haberlo hecho, porque quería que sufriera. Quería hacerle vivir cien agonías antes de colgarlo de una cuerda. Pero de su fuga soy responsable yo, solamente yo. Inflemos… Si no lo mato no descansaré en esta vida ni en la otra.

Espoleó su caballo.

Con las facciones crispadas, con una expresión de muerte brillándole en los ojos, los dos hombres avanzaron hacia el rancho incendiado.

En efecto, los tres bultos eran tres cadáveres.

Y seguro que en la casa había más.

Wilcox barbotó:

—¿Mujeres?…

Bill se pasó una mano por la boca.

—Me temo lo peor…

Descabalgaron ante la casa. Las llamas habían destruido la techumbre y todas las partes de madera, respetando en cambio la estructura de piedra del edificio. Pudieron, por tanto, entrar en el interior y ver lo que quedaba allí. Los escasos muebles aún no consumidos por las llamas, se veían despanzurrados y rotos. Los forajidos habían estado buscando dinero como el coyote sediento busca agua. Pero no era eso lo peor, ni mucho menos.

En el umbral de una de las habitaciones había una mujer muerta por la espalda. Era una mujer ya de edad, y llevaba toda la ropa puesta. Pero dentro de la habitación, al pie de una cama deshecha, había otra mujer también muerta. Ésta era muy joven. Y no llevaba la ropa. Y por su expresión de patético horror, se adivinaba lo que había sucedido con ella.

Los dientes de Bill rechinaron.

Le dominó un frío, un implacable, un inextinguible odio.

«Panchito», que había venido tras ellos, murmuró desde la puerta:

—Oiga, patrón… Yo cobraba cinco dólares por saltar sobre el ahorcado, cada vez que usted ejecutaba a alguien.

Wilcox dijo con una voz que no parecía humana:

—Sí.

—Pues a partir de ahora lo haré gratis.

—Esos hombres no llegarán a la horca —dijo Bill—. Antes los coseré a balazos.

Rechinaron de pronto los dientes de Wilcox.

Y de pronto algo pareció estallar en él. A pesar de su frialdad, de sus ojos helados de halcón, se puso a lanzar imprecaciones salvajes como un loco. Dirigió a las sombras de sus enemigos —puesto que ya no estaban allí— los peores insultos que se pueden lanzar a un hombre. No parecía el mismo. Sus manos arañaban frenéticamente el aire. Gotas de sudor helado resbalaban por su rostro. Daba la sensación de que de un momento a otro iba a sufrir un ataque de epilepsia.

Y todo había sucedido al ver a la muchacha ultrajada.

Todo había surgido al ver aquello.

Los ojos helados de Bill se clavaron sobre su figura. Y sus labios apenas se despegaron al preguntar:

—¿Cuándo ocurrió, Wilcox?

El verdugo pareció volver poco a poco en sí, como si saliera de un frenético sueño.

Sus ojos entrecerrados le miraban sin ver.

Bill hubo de repetir su pregunta.

—¿Cuándo ocurrió, Wilcox?

—¿Cuándo ocurrió el qué?…

—La muerte de la mujer por la que usted ha estado persiguiendo a «Perro». La tragedia por la que usted se convirtió en verdugo, matando a esos hombres uno a uno, haciéndoles sufrir todo lo que la ley le permitía.

Wilcox se pasó las manos por la cara.

Cuando las retiró, su expresión ya era normal. Aunque tenía las facciones color ceniza, volvía a aparecer en ellas aquel rictus helado. Era otra vez la cara de un verdugo, la de un hombre que mata en silencio y a fecha fija.

Murmuró:

—No sé de qué me habla, Bill.

—Hay cosas que no engañan, Wilcox. ¿Cuándo ocurrió?

—¡Cállese! ¡Cállese de una vez, maldito!…

Bill no insistió. Se daba cuenta de que aquel hombre estaba otra vez fuera de sí. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa helada.

Alzó un poco la mano derecha.

—Bueno, como quiera —dijo.

Y de pronto aquella mano que se había alzado bajó repentinamente. Lo hizo con la rapidez de un reptil que ataca. Fue un movimiento que apenas pudo ser seguido por los ojos.

Wilcox tampoco. Wilcox no pudo preverlo.

Sonó un disparo.

Pero tampoco pudo esperarlo el tipo que había aparecido en el umbral de la puerta, tras ellos, y que le encañonaba creyendo tenerlos seguros. Aquel hombre, herido ya en el pecho, lanzó un grito de horror al sentir que la bala se clavaba en su cadera izquierda.

Aún intentó disparar, haciendo un esfuerzo supremo, pero una nueva bala le atravesó el codo derecho, haciéndole soltar el revólver.

Con un gemido de dolor, cayó de rodillas. Bill se acercó

parsimoniosamente a él, haciendo sonar sus espuelas.

Disparó de pronto la pierna izquierda.

La bota se clavó en el mentón del hombre, que cayó hacia atrás, hecho un guiñapo, mientras lanzaba un alarido.

Wilcox estaba lívido.

Por primera vez acababa de encontrarse con un hombre. —Bill— que demostraba tener más vista y más rapidez que él.

—¿Cómo lo ha notado? —farfulló.

—Por una cosa muy especial.

—Pues no lo entiendo. ¡No ha podido verlo! ¡Y ese buitre no ha hecho tampoco el menor ruido!

—Lo he olido —dijo Bill tranquilamente—. Ese cerdo olía a rancho de «El Descansito». Olía como todos los que han vivido en las mazmorras de aquella maldita cárcel. Y al notar ese olor he sabido que estaba a nuestra espalda. El viento helado que entraba por la puerta ha sido como su tarjeta de visita.

Puso una bota sobre la mano derecha del caído, estrujándole los dedos. Pese a la brutalidad del castigo, el otro no se quejó.

—Está muy mal —dijo Bill lacónicamente—. Pero aún vive.

—Era uno de los hombres de «Perro» Douglas… Uno de los que han hecho esto…

Bill se pellizcó la barbilla pensativamente.

—Ha debido recibir una herida en el asalto al rancho, y sus compañeros lo han creído muerto —dijo—. O tal vez han pensado que era una molestia demasiado grande llevar un herido como él. El caso es que lo han abandonado. Y ahora tengo una duda: ¿qué debemos hacer con él, Wilcox?

El verdugo se pasó la lengua por los delgados labios.

Con voz ronca masculló:

—Necesito una cuerda.

—No será difícil encontrarla aquí, Wilcox.

«Panchito» ya la tenía. Se la lanzó por los aires.

—Eh, patrón…

—Gracias —dijo Wilcox—. Es una cuerda magnífica. Me servirá…

—Pero falta una buena viga de donde colgar a ese hombre —dijo «Panchito»—. Cómo no lo saquemos fuera…

—No lo colgaré —dijo Wilcox—. Lo arrastraré con mi caballo.

Pero quiero esperar a que se recupere.

Él mismo ató al herido por los pies y luego miró en torno suyo. Sus ojos se clavaron como obsesionados en la cara de la muchacha muerta. Bill se dio cuenta de que algo torturaba a aquel hombre, que le deshacía por dentro. De que era como si tuviera una garra clavada en las mismísimas entrañas.

—Wilcox…

—¿Qué?

—Por favor, no la mire.

—He tenido por un momento la idea loca de que… De que podría hacer algo por ella.

—Ya ve que no. Está bien muerta.

—Le han clavado una bala en el corazón… Es cierto. ¿Pero qué es esto, diablos?

Se había inclinado hacia delante. Miraba algo que estaba junto a la muerta.

Bill se inclinó también.

Y lo que vio no podía ser más vulgar. Era una bala con cartucho, es decir, no disparada aún. Sin duda había caído del revólver de uno de los forajidos, al ser recargado con demasiada precipitación.

Wilcox la alzó lentamente a la altura de sus ojos.

Miraba como obsesionado aquella bala.

—¿Qué ocurre? —musitó Bill—. Es un proyectil como los otros.

—Ya lo sé.

—¿Pues por qué lo mira de esa manera?

—Porque, por el sitio en que lo he encontrado, lo voy a guardar para «Perro» Douglas. No voy a llevar en mi revólver más proyectil que ése. Lo voy a llevar en la recámara hasta que me eche a la cara a ese buitre. Y entonces lo mataré con él… ¡Juro que le mataré! ¡Se lo clavaré en el estómago, para que sufra cinco horas antes de morir!

Se había exaltado. Sus ojos tan fríos ardían ahora como los de una fiera en celo. Bill gruñó:

—Si lleva una sola bala, lo más fácil es que «Perro» lo mate a usted.

—No podrá conmigo.

Bill se encogió de hombros.

—Bueno, allá usted, Wilcox… Pero vuelva a la realidad. Su

amigo se está despertando.

En efecto, el forajido abría los ojos y gemía espasmódicamente. Miró en torno suyo como un alucinado. Seguramente no comprendía aún por qué estaba allí.

Wilcox pasó junto a él, llevando la cuerda en la mano.

Salió de la casa sin decir una palabra.

El forajido balbució mirando a Bill:

—¿Qué?… ¿Qué vais a hacer conmigo?

—No lo sé, muchacho. Seguramente… invitarte a bailar.

Mientras decía esto, se oyó fuera el grito salvaje de Wilcox:

—Yupiii…

Su caballo salió al galope. La cuerda que sujetaba los pies del forajido se tensó bruscamente. El condenado lanzó un grito atroz al notar que era arrastrado y que salía disparado por la puerta.

Sus gritos se repitieren haciéndese más intensos cada vez, al ser arrastrado por el terreno pedregoso.

Bill encendió un cigarrillo.

Sus ojos impasibles erar los de un hombre sin sentimientos, un hombre para quien aquella escena no significaba nada. O tal vez sí que significaba algo: el cumplimiento de la ley.

Los gritos se extinguieren al cabo de unos minutos.

Se oyó el trote del caballo de Wilcox, que volvía.

Wilcox descabalgó y dijo sombríamente:

—Necesito un trago.

—¿Ya está muerto?

—¿A usted qué le parece?

Bill lanzó una ojeada al exterior.

—Si le queda un hueso entero me hago monje —dijo—. Bueno, busque por ahí por los armarios. Es probable que haya alguna botella.

Wilcox buscó. Abrió primer: un armario saqueado donde aún quedaban unos pocos víveres. Luego otro donde había bastantes vestidos de mujer, todos colgados cuidadosamente. Y al fin, en una alacena, encontró una botella de ron que sin duda los forajidos no habían sabido ver.

Bebió un largo trago. Sus facciones volvieron a adquirir aquella expresión fría e impasible.

Bill chascó dos dedos.

—Wilcox —dijo.
—¿Qué hay?
—Esto es una despedida.
—¿Cómo?
—Muy sencillo. Que me largo.
—Usted me había dicho que…
—Sí, le había prometido que cazaría a «Perro». Pero yo siempre obro por mi cuenta. No me gustan los compañeros, ¿sabe? Y especialmente los verdugos.
Wilcox arqueó una ceja.
—Sabía que era usted un bandido, pero creí que también era un hombre de palabra, Bill. Una cosa no está reñida con la otra.
—Déjese de monsergas. Me largo.
—Eso es una huida.
—¿Y qué?
—No quiere volver a «El Descansito». No quiere que le vuelvan a atrapar. Ahora que tiene un revólver sólo se preocupa de escapar. Es usted tan miserable como los hombres de «Perro».
—Tal vez.
—Debería…
Bill rió socarronamente.
—¿Debería qué? ¿Quitarme el revólver?
Wilcox vacilaba. Bill añadió con suavidad:
—¿Por qué no lo prueba?
—Ahora estoy cansado, Bill. No me conviene aceptar el desafío. Yo siempre actúo a mi modo y a mi tiempo, ¿sabe? Pero le mataré. Le mataré igual que a los hombres de «Perro».
Bill no se inmutó.
Sus hombros se alzaron tranquilamente mientras se volvía de espaldas.
—¿Va a matarme con una sola bala? ¿Con la única que lleva en el revólver ahora? Ha dicho que la guardaba para «Perro».
—Hay muchas maneras de matar a un hombre.
—Bien… Pues vaya pensando en una para mí. Y ahora, adiós. Tú, «Panchito», ayuda a tu patrón a enterrar los cadáveres. Yo tengo demasiada prisa.
Y salió tranquilamente.
Tuvo que dar un salto para no pisar más allá del umbral el

cadáver del forajido, o mejor dicho lo que quedaba de él.

Luego montó sobre su caballo, examinó las nubes grises, cada vez más amenazadoras, y picó espuelas para alejarse velozmente.

Wilcox le miraba desde la puerta con las facciones desencajadas.

Sus manos temblaron cuando dijo a «Panchito»:

—Sí. Enterremos a los muertos. Hay que abrir una buena fosa.

CAPÍTULO IV

Aún quedaba mucho día por delante, pero daba la sensación de que la luz se extinguía por momentos. Las nubes se hacían más y más espesas, ahogándose todo. Wilcox, mientras avanzaba, las miró recelosamente.

—Sería mejor que descargara la tormenta —dijo—. Este cielo tan gris y tan quieto me deshace los nervios.

«Panchito» se frotó las manos.

Aún le dolían, después de abrir una fosa tan grande para tantos cadáveres. Él no estaba acostumbrado a aquella clase de trabajos.

—Patrón —murmuró.

—¿Qué hay?

—Usted está pensando en algo que no me gusta.

—¿Y qué sabes tú lo que yo pienso?

—Le conozco bien. Llevamos ya tiempo juntos. Tiene una idea metida en la cabeza.

—Justo. La idea de encontrar pronto la banda de «Perro». Por esa razón seguimos sus huellas.

—No es eso.

—¿No? ¿Pues qué crees que estoy pensando?

El gordinflón «Panchito» se rascó una oreja.

—No lo sé… Lo curioso es que no lo sé. Pero tiene una idea metida entre los ojos y esa idea ya no la suelta. Le va dando vueltas y más vueltas. Y no ha llegado a conclusión alguna.

Wilcox se sorprendió ante la perspicacia de aquel gordinflón que sólo parecía tener estómago. «Panchito» era más listo de lo que parecía.

Porque acababa de decir la verdad.

Una obsesión le atormentaba, y no sabía cuál era. La idea daba

vueltas, se iba y volvía. Tenía la sensación de haber visto algo importante, pero no podía precisar qué. Era algo que había ocurrido en el rancho incendiado, y sin embargo no daba con la clave.

Murmuró:

—Lo mejor es que sigamos Estamos sobre las huellas.

—Patrón, ¿y si nos preparan una emboscada?

—No saben que les seguimos.

—Pero lo supondrán…

Wilcox se encogió de hombres.

—Mejor. Así acabaremos antes.

Siguieron trotando. Las rocas formaban verdaderos laberintos sobre la tierra seca, pero Wilcox conocía aquella comarca muy bien. La conocía incluso mejor que los hombres de «Perro» Douglas. Y sabía que allí era difícil tenderle una emboscada, a menos que se descuidase mucho.

Y él iba atento.

Estaba despierto, con todos los sentidos a punto para la acción.

Sin embargo, algo le aturdía.

La idea maldita seguía dando vueltas y más vueltas en su cráneo, haciendo que en algunos instantes se distrajese.

Por fin lanzó un gruñido.

—¡Ya está!

—¿El qué, patrón?

—Lo que pensaba.

—¿Y qué pensaba, si puede saberse?

—Lo de los vestidos. Aquellos vestidos de mujer.

—No sé de qué habla…

—¿No recuerdas que he abierto un armario con ropa antes de encontrar la botella?

—Sí, pero ¿desde cuándo le interesan los vestidos de las mujeres? Yo creí que le gustaba sólo lo que había dentro…

Wilcox entrecerró los ojos.

—Había dos mujeres muertas —murmuró—, pero en cambio los vestidos eran de tres medidas. He captado ese detalle, pero sin darme cuenta de lo que significaba. Eso quiere decir que en la casa había una tercera mujer…

Apretó los puños mientras mascullaba:

—¡Una tercera mujer a la que han raptado! ¡Una mujer que

ahora se encuentra en las zarpas de esa condenada banda!

CAPÍTULO V

Aquel grito casi llegó al mismo tiempo que sus palabras. Fue un grito largo, lacerante, que parecía surgir de entre las rocas desiertas.

¿Desiertas?

¡La mujer raptada tenía que estar allí!

¡Aquel grito de angustia significaba que iban a hacer con ella lo mismo que hicieron con la otra!

Wilcox sintió que sus dientes rechinaban.

En sus ojos crueles brilló una lucecita macabra.

—No lo conseguirán… —masculló—. No lo lograrán…

El grito se repitió. Sonaba a poca distancia. Era a su derecha, entre unas rocas a las que podía llegar fácilmente.

Guardando el revólver donde no llevaba más que una bala, extrajo el rifle y lo cargó con movimientos automáticos. En la recámara de aquel «Winchester» había muerte para repartir a lo grande.

Saltó del caballo para hacer menos ruido y así no llamar tanto la atención.

Fue por entre las rocas.

Se dio cuenta de que tras ellas había un sendero, un caminito que antes no distinguió, y que sin duda era el que había seguido la banda de «Perro» Douglas. Las huellas, que minutos antes perdiera, estaban de nuevo allí. Y el grito de mujer se volvió a repetir tras la primera curva de aquel camino.

Wilcox corrió.

Y de pronto vio aquella escena. Sus dientes rechinaron.

La muchacha, muy joven y muy bonita, estaba tendida en el suelo, entre la hierba. Dos tipos patibularios a los que sólo hacía falta mirar para saber quiénes eran, le quitaban la ropa a puñados.

Los caballos, a poca distancia, pacían tranquilamente en aquel lugar donde aún era posible encontrar pasto.

Wilcox aulló:

—¡Quietos, cerdos!

Los dos hombres hicieron ademán de llevar sus manos a los revólveres. Pero instantáneamente parecieron pensarlo mejor, al ver que el otro ya les apuntaba. Alzaron los brazos.

—¡Wilcox!

El verdugo les encañonaba con una sonrisa satánica.

Sus ojos estaban brillantes, ansiosos ante la idea de matar.

—Muy bien, muchachos… —balbució—. Imaginaba esto. Me gusta veros así, tan quietecitos y con las manitas arriba. ¡Bien arriba! ¡Tú, súbelas más, cerdo!

Miraba al forajido de la derecha. Éste las alzó todo lo que pudo, hasta hacerse daño en los hombros.

—¡Decidme quién quiere morir primero! ¡Decídmelo antes de que yo mismo elija!

—Wilcox… Le… le diremos dónde está Douglas… Pero no tire… Le servimos mejor vivos que muertos…

El verdugo masculló:

—Vuestras carroñas no me sirven de nada… Tú que has hablado. Tú morirás primero.

Y fue a disparar.

Pero de pronto notó una cosa fría en la espalda. Algo que resbalaba por su columna vertebral.

Era el cañón de un rifle.

Esa sensación repelente coincidió con la carcajada satánica de los dos pistoleros. Ambos, como si hubieran esperado aquello (y en realidad así era) se pusieron a reír destempladamente. Bajaron las manos mientras sus cuerpos se retorcían a causa de la hilaridad. La chica, que continuaba en el suelo, tampoco demostró sorpresa, señal de que sabía aquello.

Una sensación amarga nació en la garganta de Wilcox.

Un frío e inextinguible odio le dominó.

Pero no podía hacer nada. Había caldo en la trampa. Lo habían cazado como un idiota.

El de su espalda barbotó:

—Vuélvete.

Wilcox lo hizo, tras soltar su rifle sin necesidad de que se lo mandaran. Vio entonces a Burton. Burton era uno de los hombres a los que debió ahorcar, uno de los que había hecho sufrir noche tras noche las torturas del infierno.

Ahora aquellos ojos llameantes le miraban también con un odio feroz.

Burton sólo ansiaba matar.

—Has caído en la trampa… —farfulló—. Has caído en ella, maldito. Ahora te llevaré junto a Douglas… ¡y él sabrá lo que hacer contigo!

Rabiosamente le golpeó con el cañón en la cara. Wilcox cayó hacia atrás, conteniendo un grito de dolor, mientras un hilo de sangre corría por su mejilla derecha.

Burton aulló:

—¡Hemos hecho gritar a esa mujer a la fuerza! ¡Le hemos prometido la vida si gritaba bien y en el momento en que se lo mandáramos! ¿Para qué crees que nos la hemos traído del rancho? ¡Sólo para hacer eso, idiota!

A Wilcox le dolían todos los nervios.

Sentía como si por su sangre circularan gotas de un ácido corrosivo y tenaz.

—No temía a la muerte. Pero lo que no podía soportar era el haber caído en una trampa. Se le hacía insoportable la idea de que «Perro» podría escupir sobre su cadáver y además decir que había sido más listo que él.

Barbotó:

—Tira aquí mismo. ¡Dispara de una vez, cerdo!

—Calma, calma… Douglas quiere hacer muchas cosas contigo. Si te las contara no cabrían en un libro. ¿Pero para qué hablar? Tú mismo las probarás una a una… Hala, ponte en pie. ¡Ponte en pie antes de que te deshaga la cabeza a culatazos!

Wilcox obedeció.

Se sentía perdido.

Y en aquel momento una voz helada, tranquila, la voz de un verdugo peor que él sonó en lo alto de las rocas:

—¿Por qué lo haces poner de pie, amigo? ¿Por qué no te lo llevas a rastras?

El forajido del rifle lanzó un grito de agonía.

Trató de volverse y disparar, pero el otro no le dio tiempo. Fue un tiro rápido, certero, implacable. Alcanzado por la pesada bala del rifle «Sharp», la cabeza del forajido se abrid en dos mitades.

Bill no esperó a que su enemigo cayera. Vertiginosamente movió la palanca para recargar. Otro de los bandidos ya estaba sacando el revólver.

La segunda bala le atravesó el corazón en línea recta. El único superviviente lanzó un alarido.

—¡No! ¡Noooo! ¡A mí noooo…!

Bill sonrió inexpresivamente.

—¿No sientes envidia de ellos? ¡Con lo tranquilos que están!…

Y apretó por tercera vez el gatillo.

El último forajido cayó también Los ecos de las tres detonaciones parecieron extenderse hasta el infinito, bajo el sol de Nuevo México.

Wilcox parecía paralizado.

No entendía la presencia de Bill allí, y había momentos en que le parecía que el joven había salido del aire.

Bill recargó el rifle de nuevo con un seco movimiento de palanca.

—Has fallado esta vez, Wilcox.

Wilcox seguía paralizado.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para barbotar:

—¿Dónde estabas?

—Siguiéndote. Sabía que tarde o, temprano caerías en la trampa.

—¿Por qué lo esperabas?

—Por el detalle de los vestidos de tres medidas. ¿Tú no te diste cuenta?

—Sí, pero demasiado tarde.

—Yo lo noté en aquel mismo momento. Si había dos mujeres muertas y tres clases de vestidos, eso significaba que faltaba otra mujer. Y seguramente joven, ya que los vestidos no correspondían a una mujer mayor. En el caso de que hubieran querido ultrajarla, como a la otra, hubiesen podido hacerlo allí mismo. ¿Por qué se la habían llevado, entonces? La conclusión era fácil: para hacerte caer en una celada, puesto que las trampas en que intervienen mujeres no suelen fallar.

Wilcox barbotó:

—De modo que adivinaste ya todo eso cuando aún estábamos en aquel rancho…

—En efecto; te lo acabo de decir.

—¿Entonces por qué te fuiste?

Bill lanzó una alegre carcajada.

—Precisamente para hacerles caer en la trampa a ellos, hombre. Cuando a ti te pescaran, yo aparecería. Y ya has visto que la cosa no ha dado mal resultado del todo…

Señaló con el cañón de su rifle a los tres muertos.

—Y ahora sólo falta saber dónde está «Perro» —dijo—. Caeremos sobre su manada y la destruiremos a mordiscos. Supongo que la idea te gusta, Wilcox.

Los ojos del verdugo brillaron.

Sí, claro que le agradaba aquel plan. Más que ninguna otra idea en el mundo.

—Lo buscaremos —decidió—. Sin perder un minuto.

—Quizá esa muchacha nos pueda decir dónde está.

Y Bill señaló a la chica, que lloraba silenciosamente a un lado del sendero.

Ella alzó la cabeza, dando la sensación de que ni siquiera les veía. Sus ojos estaban nublados por el llanto.

—Me obligaron… —gimió—. Yo no tuve la culpa…

Me dijeron que, si no obedecía, harían conmigo lo mismo que con mi hermana…

—Sé perfectamente que te obligaron —susurró Bill—. Incluso uno de ellos lo dijo antes de morir. No temas, nada te va a suceder. Vuelve al rancho y trata de pensar que la vida continúa. Intenta reconstruirlo. Yo te aseguro que los hombres como «Perro» Douglas nunca volverán a pisar esta tierra.

Ella parpadeó.

Aunque las lágrimas seguían quemando en el fondo de sus ojos, su expresión se iba haciendo distinta.

Pasó junto a ellos en silencio y dirigió a Bill una mirada de gratitud.

Una mirada que decía muchas cosas.

Pero Bill decidió ignorarla No tenía tiempo para pensar en mujeres ahora. Esperó en silencio a que ella se alejase, hasta que

quedaron solos Wilcox y él, sin más compañía que la de «Panchito», que lo miraba todo desde lejos, con expresión incrédula.

Wilcox masculló:

—Debimos haberle preguntado si sabía dónde está «Perro».

—No debía saber nada. Además, me dolía ver a esa mujer ahí, rodeada de muertos. Lo que le espera entre las ruinas del rancho es terrible también, pero al menos aquélla es su casa.

—De modo que eres un sentimental… —farfulló Wilcox.

—No lo sabes bien. Cada vez que mato a un hombre, lloro una semana entera.

Y lanzó una carcajada, atroz, una carcajada que se extendió como una burla por entre aquellos peñascos secos de Nuevo México.

Luego descendió del lugar desde donde había disparado y se dirigió al caballo que devoraba incansablemente la hierba. Había otros dos más allá, ocultos por un recodo del sendero. Caso de haberlos visto Wilcox, se hubiera dado cuenta de que aquello era una trampa.

Cargó un muerto sobre cada caballo, los ató bien y luego disparó entre las patas de los animales.

Éstos, asustados, emprendieron el trote, los tres en la misma dirección.

Era, sin duda, el camino que habían seguido los otros. La del lugar en que estaba «Perro» Douglas.

Wilcox había comprendido.

Sonrió siniestramente.

—Cuando hayan venteado a los otros caballos, nosotros sabremos dónde están esos malditos —farfulló.

—Y entonces necesitaremos todas nuestras balas y todas nuestras ganas de disparar. ¿Está dispuesto a seguir, Wilcox?

—¡Aunque sea hasta el infierno!

—Pues no crea que se equivoca gran cosa. Al infierno es adónde vamos. ¡Hala, arriba!

Y montó de un salto sobre su caballo, que se había acercado ya.

Momentos después picaba espuelas mientras empezaba a silbar una alegre cancioncilla.

* * *

«Perro» Douglas y sus hombres esperaban el resultado de la

trampa.

Estaban seguros de que ésta no podía fallar. Wilcox caería en ella, y de un momento a otro le traerían su cadáver.

Tras acampar en un circo rodeado de rocas —un lugar que era excelente para el caso de tener que defenderse— situó a uno de sus hombres con un catalejo que le permitía ver a gran distancia. Y le ordenó que le avisase apenas viera aparecer tres caballos.

Mientras tanto, él y el resto de los hombres se dedicaron a reponer energías.

No podía decirse que las cosas marcharan mal para ellos.

Tenían provisiones y bebida, además de dinero, todo ello robado en el rancho que asaltaron. Por otra parte, se habían divertido mucho, según el concepto satánico que ellos tenían de la diversión.

Ahora sólo les faltaba ver el cadáver de Wilcox, o mejor aún si lo traían vivo.

Sería el fin de una memorable jornada.

De vez en cuando, desde abajo, «Perro» preguntaba al centinela:

—¿No se ve nada?

—Nada, jefe.

—Pues ya están tardando demasiado…

—Quizá Wilcox ha perdido la pista, jefe.

—No lo creo… Ese buitre huele a la gente. ¡Sigue vigilando!

Al cabo de una media hora, el centinela gritó:

—¡Eh, Douglas!…

—¿Qué pasa?

—¡Veo algo!

—¿Tres caballos?

—¡Sí!

«Perro» lanzó un grito de triunfo.

—¡Por fin!

Estaba seguro de que todo había marchado bien.

Llegó de un salto al lugar donde estaba el observador y le arrancó el catalejo.

Vio, en efecto, tres caballos.

Pero, al precisar los detalles mejor, sus facciones fueron palideciendo. Terminaron haciéndose lívidas, como la cara de un muerto que llevara ya varios días esperando la fosa.

—Pero… ¿qué es eso?

—¿Qué pasa, jefe?

«Perro» se ajustó el catalejo mejor, y entonces lanzó una imprecación salvaje.

—¡Algo increíble! ¡Los que vienen doblados sobre las sillas de los caballos son nuestros hombres!

—¿Los… los han matado?

—¡Claro que los han matado! ¡Y seguro que esos dos malditos vienen detrás!

—No…, no es posible…

Los dientes de «Perro» rechinaron en el silencio.

—Claro que lo es… Y eso significa que tenemos que largarnos de aquí. Algo terrible está sucediendo.

Desde la altura, hizo un gesto a sus hombres.

—¡Todos preparados! ¡Listos para escapar! ¡Listos para marchaaar!…

Los forajidos no le entendieron demasiado bien, pero obedecieron sin chistar. En un momento estuvieron a lomos de sus caballos. Douglas señaló los desfiladeros que llevaban a Santa Fe.

Aquello era una huida. En lugar de ser cazadores, corrían el riesgo de convertirse en cazados.

«Bebé» farfulló:

—¿Adónde vamos?

—A Santa Fe.

—Pero… ¡eso es una locura!

—No entraremos en la ciudad. Pasaremos cerca y luego seguiremos adelante.

—¿Pero por qué?

—Muy sencillo, idiota. Mientras vayamos por lugares despoblados, será fácil seguir nuestras huellas. En cuanto crucemos por sitios dónde hay mucha gente, nuestro rastro se perderá.

—Comprendo.

—Pero hay que darse prisa, los que nos persiguen ya deben estar encima. ¡Vamos!…

Y el grupo se lanzó al galope.

* * *

Cuando llegaron Wilcox y Bill —siempre llevando a «Panchito» a cierta distancia— vieron las huellas del improvisado campamento.

Lo que no pudieron ver fue a los individuos que habían ocupado aquello hasta poco antes.

Bill murmuró:

—Era de esperar que viesen a los muertos sobre los caballos. Aunque, la verdad, no creí que huyeran. Además de unos canallas, son unos malditos cobardes.

—Pero su rastro está claro.

—Sí. Al menos podremos seguirlo.

Los dos hombres avanzaren por les desfiladeros, teniendo todos los sentidos en tensión, pues aquel lugar era excelente para una trampa. Pero los hombres de «Perro» Douglas no habían querido más líos. Nadie les esperaba allí.

Al salir de los desfiladeros los dos pensaron lo mismo a la vez. Los dos vieron confirmadas las sospechas que tenían desde un buen rato antes.

—Esto lleva a Santa Fe…

—Eso es lo mismo que estoy pensando hace tiempo.

—Pues están locos… Santa Fe es una ciudad muy vigilada.

—Más bien pienso que no entrarán en ella —susurró Bill—. Pasarán de largo, pero mezclando sus huellas con las de los viajeros que continuamente entran y salen de la capital. Así no habrá manera de seguir su rastro.

—Eso puede ser verdad.

—Entonces tenemos que apresurarnos. Hay que procurar dar con ellos antes de que lleguen a Santa Fe.

Pero la noche ya se les estaba echando encima. Y los dos supieron instintivamente que aquella labor, al parecer fácil, sería una empresa imposible.

CAPÍTULO VI

Efectivamente, las huellas se confundieron muy pronto con las de otros viajeros Casi era ya noche cerrada. Y las luces de Santa Fe no se distinguían todavía.

Wilcox murmuró:

—Bueno, ahora sí que será difícil…

—Cabe la esperanza de que les hayan visto.

—No lo creo. «Perro» es astuto.

Al remontar una colina, dieron ya por definitivamente perdido el rastro. Ahora sólo podían confiar en la suerte, consistente, por ejemplo, en que alguien hubiera visto a la banda.

Pero desde lo alto de aquella colina distinguieron las luces de Santa Fe. A pesar de que la ciudad no era grande, les produjo el efecto de un mar de fuego en la oscuridad de la llanura. Los dos hombres sintieron instantáneamente sed.

No sed de agua, porque de eso ya llevaban en sus cantimploras, sino de *whisky*.

—No estaría mal que hiciéramos un brindis ahí —dijo Bill.

—¿Un brindis? ¿A la salud de quién?

—A la salud de los muertos.

Y los dos lanzaron al unísono una brutal carcajada.

Lanzaron sus caballos al trote para entrar en la ciudad. No había peligro de que llegaran tarde, pues apenas eran las nueve. Y los establecimientos «divertidos» de Santa Fe no cerraban hasta bien entrada la madrugada.

Penetraron en un saloon. Había mucha gente allí, pero nadie se fijó especialmente en ellos. La mayor parte de la clientela —se notaba— estaba formada por gente de paso. La cerveza y el *whisky* corrían allí como verdaderos torrentes.

Un par de chicas, sentadas provocativamente en el escenario, lucían sus piernas, ceñidas por medias negras.

Ni cantaban ni bailaban; sólo se exhibían. Pero era bastante para aquel público, que las contemplaba con la boca abierta.

Bill comentó:

—Bonitas, ¿no?

A Wilcox se le enturbiaron los ojos.

—No me haga mirar mujeres ahora.

—Piensa en la del rancho, ¿no?

—Lo que me sucede es más complicado. Si miro a una mujer con deseo, me parece como si me situara al nivel de «Perro» Douglas.

—En el fondo es usted un hombre honrado, Wilcox. Y me parece que, en otro tiempo, además de ser honrado en el fondo lo fue también en la superficie. Es decir, debió haber un tiempo en que no era verdugo. En que, seguramente, nunca había soñado en matar.

Wilcox no dijo ni que sí ni que no. Se limitó a murmurar:

—Nadie nace siendo ya verdugo.

—¿Cuántos años tiene, Wilcox?

—Cuarenta y ocho. ¿Y usted?

—Veinticuatro. Justo la mitad. Podría ser mi padre, ¿eh?

—Podría ser su tío. No haga comentarios idiotas. Cállese y beba.

Les habían puesto delante una botella de *whisky*, sin preguntarles nada. Los dos llenaren sus vasos, bebieron, los volvieron a llenar y tornaron a beber.

Bill murmuró:

—¿A cuántos hombres hemos matado hoy, Wilcox?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque si somos hombres educados y de buen gusto, hemos de brindar una vez por cada muerto.

—Pero podemos acabar borrachos…

En efecto, eso fue lo que pudo haber sucedido. Bebieron como auténticos piratas. Brindaron por los hombres que habían matado y por les que aún había de matar. Todos quedaron bien servidos.

Al salir, Wilcox se tambaleó, porque apenas se tenía en pie. Eso demostró a Bill que su compañero no estaba demasiado acostumbrado a beber. Bill, en cambio, estaba tan tranquilo. Como si sólo hubiera tragado agua.

—Le conviene dar una vuelta… —dijo.

—Bueno, tal vez sí… He de despejarme o… o no podré disparar…

Caminaron al azar. Dejaron atrás la «calle alegre» de Santa Fe, donde estaban todos los saloons y garitos, y penetraron en las calles «respetables». Allí todo parecía distinto. El vecindario dormía. Apenas se veían algunas personas y unas pocas ventanas iluminadas.

Los ojos de Wilcox estaban nublados.

Apenas parecía darse cuenta de por dónde pasaban.

Y al fin Bill vio aquello.

Era una puerta como las otras. La puerta de una casa blanca, limpia, confortable. Una casa que tampoco tenía nada de particular, pues casi todas eran blancas, limpias y confortables en aquella parte de Santa Fe. Pero en aquella puerta había una placa dorada, y eso fue, lo que llamó su atención, hasta hacer que se dilataran de asombro sus ojos. Aquella placa decía:

J. WILCOX
Lawyer

Bill parpadeó.

—Vaya… —dijo—. Un abogado que se llama como usted.

A Wilcox se le pasó la borrachera de pronto. Castañetearon sus dientes mientras mascullaba:

—Vámonos de aquí.

—¿Pero por qué?

—¡He dicho que nos marchemos de aquí!…

—Muy bien, como quiera.

Caminaron por la calle solitaria. No se oía más que el eco de sus lentas pisadas. Cuando hubieron doblado la esquina, Bill aspiró el aire quieto de aquella parte de la ciudad.

—Wilcox —susurró.

—¿Qué hay?

—¿Desde cuándo falta de aquí?

—¿Y quién ha dicho que el nombre de la placa era el mío? ¡Déjese de tonterías! ¿Quién infiernos se lo ha dicho?

Bill le sujetó por los hombros. Casi le zarandeó, mirando al

fondo de los ojos acerados del otro.

—No estamos aquí para engañamos, Wilcox. Nos guste o no, los dos nos hemos metido hasta el cuello en la misma sucia aventura. Ambos tenemos que matar o esperar a que nos maten. Más vale que hable claro de una condenada vez.

Wilcox bajó la cabeza y por unos momentos cerró sus ojos crueles y duros. Al fin susurró:

—Hace tiempo yo era un abogado honrado, Bill. Defendía la ley. Para mí la justicia era un ideal, incluso contra las corrupciones y las vacilaciones de los jueces. Vivía en esa casa que ha visto, de la que incluso aún no han retirado la placa. Pero todo aquello ya pasó. Corresponde a un mundo extinguido que ya no ha de volver. ¿Sabe lo que he sentido al ver esa puerta? Que detrás de ella no había vivido yo, sino mi fantasma. Yo ya soy otro hombre. No soy aquel Wilcox ni lo seré ya nunca.

Sus labios temblaron antes re que añadiera:

—En este mundo todo tiene un principio y un fin. Por eso le digo que el abogado Wilcox ya terminó. No volverá a existir nunca.

—¿Por qué se convirtió en un verdugo?

—Bah, no diga tonterías.

—¿Por qué, Wilcox?

—¡Le digo que se calle!

—No le gusta hablar de eso, ¿eh?

Wilcox hizo un gesto brusco como si espantara una mosca.

Dio media vuelta y echó a andar. El joven le siguió.

Tuvo una buena sorpresa al ver que salían de la ciudad.

Y que remontaban la leve pendiente, hasta la colina donde estaba el cementerio.

La luz de la luna lo invadía todo.

Alumbraba las lápidas, las cruces, los solitarios cipreses. Alumbraba incluso el ambiente irreal, el aire triste que se respiraba allí dentro.

Wilcox conocía el camino.

Parecía como si una fuerza lejana le condujera hacia allí.

Por fin se detuvo ante una lápida donde no había más que una cruz y un nombre. El nombre resultó revelador para Bill.

CLARA WILCOX

Podía ser la mujer del hombre que tenía junto a él. O tal vez su hija.

Wilcox disipó su duda diciendo simplemente:

—Clara tenía sólo diecisiete años cuando murió.

—¿Su hija?

—Hum…

Wilcox no quería hablar. Pretendía hacerse el duro, el indiferente. Pero toda su cara temblaba.

Bill iba comprendiendo muchas cosas.

Una revelación atroz, salvaje, iba penetrando poco a poco en él.

Al fin susurró:

—¿Qué hizo «Perro» Douglas con ella? ¿Qué hizo, Wilcox?

La mirada de hielo del otro se le clavó en los ojos.

—¿No lo adivina?

—Dios… ¡Dios santo!

—Por eso quiero matar a «Perro» Douglas. Por eso me transformé en verdugo, al saber que sus hombres iban siendo conducidos a «El Descansito». Por eso no me comportaba como un hombre, sino como una hiena. Los hacía sufrir, los torturaba al elegir por las noches una víctima para la horca. Pero eso aún no es nada, en comparación con lo que me hicieron sufrir a mí. Y ahora «Perro» está vivo… Por eso ansió llegar hasta donde sea, Bill. Por eso le mataré aunque sea la última cosa que haga en esta vida…

Bill había arqueado levemente una ceja.

Su expresión era helada cuando musitó:

—Hay turno para matar a «Perro». Yo también quiero tener ese honor, Wilcox. Y no piense más en ello. Su muerte será muy divertida…

Le hizo salir de allí casi a la fuerza. Sus pasos resonaron en el cementerio lentamente.

* * *

Durmieron en un hotel, porque Wilcox no había querido acercarse más a la casa donde estaba su nombre. Posiblemente no era suya ya. De modo que los dos hombres alquilaron una habitación y durmieron como troncos, como duermen los animales salvajes después de un día agitado, en que la caza les ha sido provechosa.

Bill se despertó antes.

A Wilcox, al parecer, le seguía haciendo efecto el alcohol. Dormía pesadamente. Se vistió, se aseó y se afeitó sin que el otro lo notara.

Entonces Bill salió silenciosamente.

Quería ver algo más, quería ver a la luz del día aquella lápida. Deseaba convencerse de que no había soñado.

Todo lo sucedido la noche anterior, cuando ambos estaban bajo los efectos del alcohol, le parecía algo irreal. Como un sueño a la luz de la luna.

Pero ahora el aire era límpido y claro. Ahora el sol brillaba en las lápidas. Bill se dirigió hacia el lugar donde había estado la noche antes.

Y entonces tuvo una nueva sorpresa. Porque delante de aquella tumba había una mujer. Una mujer que depositaba en la lápida un ramo de flores blancas.

Bill apretó los labios.

No le veía la cara, pero de espaldas era una de las mujeres más bonitas que había visto jamás.

Tenía unas curvas rotundas y potentes. Un talle juvenil. Unos cabellos sedosos, recogidos en un alto moño sobre la nuca. Y un cuello alto y esbelto, un verdadero cuello de cisne.

La mujer estaba muy quieta.

Después de depositar las flores, parecía rezar. No se daba cuenta de que había alguien a su espalda.

De pronto se volvió. Y ahogó un grito al encontrarse con aquellos ojos crueles, con aquellos ojos de acero.

Bill la miró fijamente.

De frente era aún más bonita que de espaldas. Tenía los ojos grandes y rasgados. Aquellos ojos rasgados que en su padre eran misterio y crueldad, en ella eran exotismo y belleza. Por lo demás, no se parecían en nada. Era una de las chicas más bonitas, más perfectas que Bill había visto.

¿Qué edad tendría? ¿Veinte? ¿Veintiuno? No podía pasar de ahí.

Ella se dio cuenta de aquella observación demasiado intensa. Y farfulló:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bill.

—¿Y qué hace aquí?
—Nada… Quería conocer el cementerio de Santa Fe.
—Me había parecido que le interesaba esta tumba.
—No, no… Era simple casualidad. La miraba a usted.
—Pues deje de observarme.
A pesar de saber lo que le iban a contestar, Bill susurró:
—¿Quién está enterrada ahí? ¿Su madre?
—No. Mi hermana menor.
—Clara Wilcox… De modo que usted es una Wilcox también.
—Sí.
—Y vive en una casa blanca en cuya puerta hay una placa dorada.
Ella parpadeó.
—¿Quién es usted, Bill? ¿Qué quiere?
—Nada… Sólo que creí que Wilcox ya no tenía familia.
—Me tiene a mí.
—Entonces, ¿por qué no vuelve a casa?
—¿Es que conoce usted a mi padre, Bill? —susurró ella.
—Lo he oído nombrar.
—Entonces sabrá que no vive en Santa Fe. No ha vuelto aquí desde…
—… ¿Desde que, Clara murió?
—Sí. Desde entonces.
Bill se pasó una mano por la boca.
—Es penoso para usted estar aquí, señorita… Bueno, aún no sé realmente su nombre.
—Me llamo Nora.
—Muy bonito… como usted. Pero le decía que debe resultarle penoso permanecer aquí. La acompañaré a su casa.
—No necesito que me acompañe nadie. Sé ir sola.
—Prometo no dirigirle una palabra más, Nora. Sólo la seguiré a distancia.
Ella no hizo ninguna objeción. Aquel tipo la intrigaba. No sólo porque fuera muy alto, endemoniadamente fuerte y excesivamente joven. La inquietaba también con la extraña luz de sus ojos. Por aquel extraño fulgor asesino que de ellos se desprendía a veces.
Echó a andar, y él la siguió. Pronto, al entrar en las calles de la ciudad, se dio cuenta de que una muchacha así no podía ir sola.

Todos los hombres la miraban y algunos le dirigían palabras soeces, al saber qué vivía en Santa Fe sin compañía de nadie. Bill, que había resuelto no meterse en líos, no hizo caso.

Mientras no la tocaran…

Pero las cosas se complicaron al pasar junto a un saloon. Pese a la temprana hora, ya había unos cuantos tipos extraños allí. Uno de ellos, con expresión reconcentrada y ojos casi juntos, de simio, salió y vio a la chica.

Aquellos ojillos se alegraron instantáneamente.

Lanzó lo que parecía un grito de triunfo.

Se acercó a Nora y masculló:

—¿Pero cómo te dejan ir sola? ¿Dónde está tu ángel guardián, muñeca?

Bill se detuvo, y se puso con calma, con mucha tranquilidad, un cigarro entre los labios.

Nora había gritado:

—¡Déjeme!

Las manos del sujeto la habían inmovilizado por la cintura. Trató de abrazarla.

Bill siguió sin tener prisa. Ahora encendió calmosamente el cigarro que se había puesto en los labios.

El tipejo había abrazado a Nora.

Ella dirigió a Bill una mirada suplicante. Una mirada donde palpitaba una petición de socorro.

Bill se cambió el cigarro de un lado a otro de la boca antes de decir:

—Eh, chico.

El otro se volvió.

Sus ojos llamearon al distinguir a aquel hombre a quien hasta entonces no había visto nunca.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —barbotó.

—¿Qué entierro? ¿El tuyo?

—¡Largo de aquí!

—Eso es lo que digo yo: largo.

El otro fue a sacar su revólver, pero algo le detuvo entonces. Fue la aparición de otro tipo en la puerta del saloon. Era un hombre grueso, barbudo, que llevaba una manta multicolor, típicamente mexicana, encima de los hombros.

No vio a Bill. Sólo miraba al otro.

—¡Tú, idiota! —bramó—. ¡Tenemos cosas importantes que hacer ahora! ¡Déjala!

Bill distendió los labios lentamente en una sonrisa de placer.

Acababa de reconocer a aquel tipo recién aparecido. Dijo casi con dulzura:

—«Bebé».

El lugarteniente de «Perro» volvió la cabeza.

Él no conocía a Bill, puesto que no había estado preso en «El Descansito». Pero por la descripción que le habían hecho, se olió inmediatamente de qué clase de tipo se trataba. Por ello llevó la mano al revólver mientras farfullaba:

—¡Maldito!…

Bill no perdió tiempo.

Toda la calma glacial de que antes había hecho gala, se transformó en una rapidez febril.

Movió la derecha con un gesto tan veloz que fue imposible seguirlo con los ojos. De repente de entre sus dedos pareció brotar un rayo de luz.

El revólver de «Bebé» salió despedido, partido en dos pedazos, antes de que su dueño pudiera apuntar con él.

«Bebé» quedó desarmado.

Por unos instantes que se le hicieron interminables miró su derecha, atónito, sin comprender aún, lo que le había sucedido. El hombre que estaba junto a Nora intentó aprovechar aquella oportunidad.

Creyó que Bill se habría distraído.

Empezó a darse cuenta de que no era así cuando, al intentar sacar el «Colt», vio brillar de nuevo el revólver del otro. Y se convenció definitivamente cuando sintió en su cara aquel choque brutal.

Lanzó un aullido de dolor, porque le parecía como si toda su cara se estuviera abrasando.

No se dio cuenta de que la tenía destrozada. No llegó a saber que estaba convertido en un monstruo cuyo único consuelo consistía en que iba a morir pronto.

Se derrumbó estrepitosamente, lanzando otro nuevo grito y levantando una nube de polvo.

«Bebé» estaba consternado.

Sin armas y con aquel tipo enfrente, no tenía que hacer ningún gran esfuerzo de inteligencia para darse cuenta de que le había llegado su turno.

Balbució:

—Dame…, dame una oportunidad.

—¿Para qué, «Bebé»? ¡Qué tontería! ¿Una ocasión para luchar?

—Eso es lo que te pido.

—Pues yo, en tu lugar, no me cansaría. Mejor es morir descansado, ¿no crees?

—Mal… di… to.

—¿Dónde está tu jefe, «Bebé»? ¿Dónde está ese hombre hacia el cual has demostrado tanta fidelidad?

—No te lo diré.

—Bueno, pues al menos dime a qué has venido a Santa Fe, exponiéndote a que te reconocieran. Ha debido ser para una cosa muy importante, supongo.

—Necesitaba reclutar hombres.

—Claro… Y en Santa Fe hay mucha carroña, ¿verdad?

—Carroña como tú.

—O como ése que ha muerto… ¡Pobre muchacho! ¡Qué pena me da! ¡Morir cuando acababa de conocer a una chica tan bonita! ¿Y tú, Bebé? ¿Qué dices a todo esto?

A «Bebé» le temblaba la carnosa mandíbula.

Se daba cuenta de que aquello era una burla cruel. De que el otro se estaba riendo de él antes de matarle.

Por eso tuvo una violenta sorpresa cuando le vio lanzar al suelo el revólver.

Con un gesto despectivo, Bill lo envió lejos. Y desenfundó con un seco movimiento el cuchillo del hombre al que acababa de matar.

Era un «Bowie» excelente, de ancha hoja, que servía lo mismo para desollar reses que hombres.

«Bebé» había sacado también el suyo.

Sus ojos brillaban. Aquélla era una ocasión magnífica, una oportunidad tan soberbia que no pensó que su enemigo llegara a dársela nunca.

Con el cuchillo se consideraba invencible.

Dio dos tajos al aire, mientras se acercaba velozmente.

Bill ni siquiera parpadeó.

Su enemigo ignoraba que él era también un verdadero diablo. Pero de otra clase.

No esperó a que el otro le acometiera. Simplemente le lanzó el cuchillo.

La hoja se clavó en una pierna de «Bebé», que miró aquello con ojos alucinados, mientras Bill susurraba:

—Uno…

«Bebé» avanzó pesadamente, como un carro. No quiso ni arrancarse el puñal de la herida. Al menos su enemigo estaba desarmado, y él no iba a perder aquella oportunidad.

Pero Bill hizo una finta. La esquivó perfectamente, tocó el suelo y dio una voltereta por él.

Quizá su enemigo le hubiera ensartado caso de poder emplear normalmente las dos piernas. Pero la herida le dolía de modo tan horrible que su gesto falló. Cuando se dio cuenta, ya Bill le había arrancado la hoja y volvía a estar armado otra vez.

Se miraron a cuatro pasos de distancia. Los ojos de ambos llameaban satánicamente.

Bill dijo:

—Dos…

Y arrojó el cuchillo a la otra pierna, alcanzándolo certeramente. «Bebé» se estremeció de dolor.

Ahora ya no pudo sostenerse. Cayó pesadamente a tierra, mientras lanzaba su cuchillo también, en un movimiento desesperado, tratando de ensartar a Bill.

Pero no había podido apuntar bien y falló. El cuchillo fue a clavarse tremolante en la columna de uno de los porches.

Bill se acercó poco a poco.

Sus espuelas resonaban quedamente en el silencio de la mañana.

—¿Qué quieres que pongan en tu tumba? —preguntó—. ¿Deseas que pongan «Bebé»?

El caído no contestó.

Sus ojos estaban llenos de un espeso, de un indescifrable horror.

—No…, no me mates ahora…

Bill dijo:

—No, muchacho.

Se alejó tranquilamente. Pareció como si, en efecto, fuera a

dejarlo vivo. Pero de pronto se volvió, mientras desclavaba el cuchillo de la columna del porche.

Su voz también pareció de acero mientras gritaba:

—¡Tres!

El cuchillo se clavó directamente en la garganta de «Bebé», que no pudo ni gritar. Sus ojos se desorbitaron. Al ver su propia sangre hundió con horror la cabeza en el polvo.

Bill le miró lejanamente.

Aquel tipo ya no necesitaba más «atenciones». Estaba listo.

Buscó entonces con los ojos a la muchacha y no la encontró. Nora Wilcox no debía parecerse a su padre, porque no había podido resistir aquel horror. Se había alejado ya, abandonando aquel campo de muerte.

Bill entornó los párpados.

—Mejor —dijo para sí mismo—. Así no tengo que despedirme de ella.

Dejó el cadáver allí y fue directamente al hotel, que estaba a tres calles de distancia. Wilcox se hallaba en la habitación, junto a la ventana abierta. Se estaba afeitando tranquilamente, mientras silbaba una cancioncilla.

—Te has despertado antes que yo —dijo.

—Sí.

—No sé qué me ocurrió. Debió ser el alcohol de anoche.

—Seguro…

—¿Has desayunado ya?

—No, no he tenido tiempo.

—¿Pues qué has hecho?

—Pasear por ahí. Hace una mañana magnífica…

—¿Ningún incidente?

Bill arrojó el cigarro que aún llevaba en la boca.

—Ninguno… ¡Cualquiera se pelea en una mañana así! ¡Me he sentido como un poeta!…

CAPÍTULO VII

Cuando estaban a caballo fuera, de la ciudad, Bill lo dijo. Sólo entonces murmuró:

—Es raro que no haya querido entrar, Wilcox.

—¿Dónde?

—En su vieja casa.

—¿Y para qué?

—¿No tiene a nadie que le aguarde? ¿No tiene familia?

Wilcox vaciló un momento, mientras tensaba las riendas. Y luego murmuró:

—Tengo otra hija.

—¡Ah!

—Es hermana de Clara.

—¡Ah! ¡Ah!

—Pero es muy fea. Un monstruo.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Por eso no me paro nunca a verla. La pobrecilla me da pena. Me pone de mal humor.

—Lo comprendo. Debe ser terrible tener una hija tan fea, ¿no?

—No se lo puede ni imaginar.

—La verdad… No se le ocurra nunca presentármela señor Wilcox.

—No, claro.

—Las feas también me dan pena.

—¿Y las guapas?

—Entonces el que siente pena soy yo mismo…, por no tenerlas a todas.

Wilcox le miró de soslayo.

—No hablemos de mujeres, ¿quiere?

—Con mucho gusto… Tiene usted razón, Wilcox. Si son feas no hay ni que hablar de ellas. Y ahora mire por allí.

Wilcox desvió la cabeza.

—¿Qué es aquello?

—Un entierro. Un entierro muy sencillo.

En efecto, lo que desfilaba ante sus miradas no podía ser más simple. Un roto carromato llevaba encima un sucio cadáver. Un tipejo de aspecto aburrido, con una colilla entre los labios, se ocupaba de guiar el caballo hacia el cementerio.

Wilcox se quedó atónito al ver el cadáver.

—Pero…, ¡pero si es «Bebé»!

—Justo. El mismito.

—Lo han cosido a cuchilladas… ¿Quién infiernos ha podido hacer eso?

—Yo creo que puede haber sido un accidente —dijo Bill—. Tal vez se haya pinchado él mismo, mientras cortaba un bistec.

Y de pronto añadió, cambiando la voz, mientras su expresión se hacía sombría:

—Olvídese de él, Wilcox. Ahora «Bebé» ya está muerto y no le dará más que pensar. Pero «Perro» Douglas sigue vivo. Y si su lugarteniente se hallaba en Santa Fe, un sitio peligroso, la razón para mí está muy clara.

—¿Refuerzos?

—Ujú. La banda de «Perro» ha sido sacudida de lo lindo. No sé cuántos hombres le quedan, pero es seguro que allí por donde «Perro» dirija la mirada no verá más que bocas tiesas y cuerpos muertos. Necesita hombres, y «Bebé» ha venido a contratarlos a Santa Fe, donde los granujas abundan. Eso es todo.

Wilcox masculló:

—¿Le parece poco?

—Me parece suficiente para saber que nuestro trabajo no ha hecho más que empezar. Demonios… ¿Cuántos hombres tendremos aún enfrente, Wilcox? ¿Cuántos tipos a los cuales liquidar antes de poder dormir tranquilos?

Wilcox masculló:

—Cuantos más mejor. No olvide que soy un verdugo…

* * *

Durante todo el día siguieron el rastro de los forajidos. Mejor dicho, no se trataba de un rastro, porque ya no había huellas claras, pero sí de una idea que venía a significar lo mismo. Estaban seguros de una cosa: si «Bebé» se había quedado en Santa Fe con la intención de reclutar hombres, el resto de la banda no podía estar lejos. Tenían que esperar a los nuevos compinches en algún lugar estratégico.

Por eso los dos hombres extremaban las precauciones.

Por eso cualquier casa, cualquier recodo sospechoso les parecía un peligro.

Pero no sucedía nada.

Estaban dirigiéndose a la frontera de México, a la que suponían se habría acercado también la banda. En caso de grave peligro, el pasar la línea divisoria era siempre un buen recurso, pese a que las persecuciones de aquella clase solían continuar más allá.

Bill señaló con curiosidad unos campos limítrofes, más allá de los cuales se hallaba una pequeña casa blanca.

—Fíjese, Wilcox.

—Es tierra de toros —dijo el verdugo.

—Aquí los crían y luego los envían a México, para las corridas. Yo vi una de ellas cierta vez… Fue en Veracruz, hace bastante tiempo. Aquélla debe ser la casa del encargado de la ganadería.

Señalaba el edificio blanco. Y aquel gesto estuvo a punto de ser el último de su vida.

Porque de la única ventana del pequeño edificio surgió aquel fogonazo. Por fortuna para Bill, tenía los ojos puestos en aquel lugar, de modo que lo vio instantáneamente. También la distancia era lo bastante larga para permitirle desviar la cabeza en fracciones de segundo. Oyó el silbido de la bala en el mismo momento en que volaba su sombrero.

Una pequeña vacilación, una distracción infinitesimal le hubiera costado la vida.

Los dos hombres se arrojaron de sus caballos.

La detonación se repitió, pero ahora sin ningún efecto. Wilcox masculló:

—¡Diablos!

—No creo que sea el ganadero quien nos reciba de ese modo —dijo suavemente Bill.

—Pues entonces, ¿qué significa esto?

—Que han establecido un punto de apoyo para recibir a «Bebé». Ahí tienen a un solo hombre. Pero nos ha reconocido a distancia, o por lo menos lo ha visto a usted.

—¡Si tuviese la suerte de que fuera «Perro» Douglas!

—No. «Perro» no se quedará solo esperando a su lugarteniente. Pero ese tipo que está ahí dentro, sea quien sea, puede decirnos muchas cosas.

—Déjemelo a mí. Hablará. Hablará. Cuando le haya arrancado la piel a tiras, cantará incluso una ópera entera.

—Antes de arrancarle la piel hay que cazarlo, Wilcox, y ésa es tarea de dos. Vamos.

Le señaló la izquierda, mientras él corría por la derecha.

Los rifles estaban en sus manos.

Sin necesidad de palabras, supieron lo que tenían que hacer. Mientras uno avanzaba, el otro le cubría con su fuego, disparando rabiosamente contra la ventana. El tipo que estaba dentro respondía al fuego, pero con muchas precauciones. La verdad era que apenas podía asomarse. Cada vez que se le veía un poco, una verdadera traca de plomo se abatía sobre la ventana, cuyo marco ya estaba completamente hecho astillas.

Lo peor para él era que sus dos enemigos se acercaban. Wilcox ya estaba prácticamente bajo la ventana.

Hizo un gesto a Bill. Esa señal sólo significaba una cosa:

«Para mí.»

Bill hizo un gesto de asentimiento.

Wilcox entró de un salto, con el rifle preparado. Hizo fuego contra su enemigo.

Bueno, quiso hacerlo. Quiso herirle en una cadera para dejarle inutilizado.

Pero un «clic» sonoro saltó al aire. El rifle ya estaba descargado y no le servía de nada.

Claro que Wilcox tenía el revólver.

Pero en ese revólver había una sola bala, la bala que había prometido reservar para «Perro» Douglas.

Su enemigo lanzó una carcajada.

Saltó sobre él para disparar con el Colt casi a quemarropa.

Fue una mala idea. Porque eso permitió a Wilcox alzar la pierna, golpeando el revólver en el momento en que surgía la bala.

Ésta se clavó en el techo. El pistolero lanzó un ronco alarido.

Otro puntapié, éste al bajo vientre, le hizo vacilar. Se encogió, sin fuerzas para disparar de nuevo.

Pero aún tenía todas las ventajas, mientras su enemigo no se decidiera a emplear el «Colt». Alzó el arma, listo para disparar, mientras rechinaban sus dientes.

Y entonces se encontró con algo que de ningún modo esperaba, algo que le hizo lanzar un grito de horror.

Lo tenía ya tan encima que ni siquiera pudo apartarse. De un modo puramente mecánico disparó, pero a ras del suelo, sin herir a su enemigo.

Lo que Wilcox acababa de sujetar era una pica de las empleadas en las corridas de toros mexicanas. En la casa había muchas de ellas, como había otros muchos objetos relacionados con esa clase de espectáculo.

La pirámide de hierro en que terminaba esa pica se clavó en el estómago del pistolero. Éste lanzó un grito que debió oírse en toda la llanura solitaria.

Bill entró con el rifle preparado, tras dar un brutal puntapié a la puerta.

—¿Pero qué pasa? ¿Ya le estás arrancando la piel?

De pronto barbotó:

—¡Diablos!

La verdad era que la escenita hubiera quitado el sueño a cualquiera. Bill sintió que en sus sienes brotaban unas gotitas de sudor.

—Ése va a contestarte a muy pocas preguntas —murmuró.

—No he tenido más remedio que liquidarle de esa manera. No me quedaban balas en el rifle.

—¿Y en el revólver?

—Tú sabes bien para quién guardo la única que llevo en el «Colt».

Bill dirigió una nueva ojeada al forajido.

Éste agonizaba.

Una mueca de dolor espantoso se dibujaba en su rostro. Inútil

hacerle preguntas. No cabía pensar que les pudiera servir para algo.

—No nos dirá dónde están «Perro» y los otros. En fin, seguiremos buscando.

—No pueden encontrarse lejos —musitó Wilcox—. Y tiene que haber otros hombres esperando por las cercanías.

—Muy bien… Entonces no perdamos tiempo.

Y Bill sujetó a su enemigo por los cabellos, echándole la cabeza para atrás. No hacía falta ni mirarle. Le quedaban unos segundos de vida tan sólo.

Con un gesto despectivo, le dejó caer la cabeza otra vez.

—Hala, largo de aquí.

Los dos hombres salieron.

El intenso sol les dio de lleno en los ojos, haciéndoles parpadear y borrándoles la visión por unos segundos.

Tal vez por eso no vieran al jinete que se hallaba una media milla más allá, entre los árboles, y que al distinguirles se ocultó en seguida.

Cuando los dos hombres se acostumbraron de nuevo a la luz, la llanura apareció ante sus ojos espantosamente desierta.

CAPÍTULO VIII

Trotaban sin forzar los caballos, para no cansarlos. No sabían hasta dónde tendrían que llegar. Iban al azar, confiando en que la casualidad les permitiera encontrar de nuevo las huellas de aquella banda de malditos.

Bill susurró:

—Si tenemos mala suerte, pasaremos así días y días, dando vueltas, sin encontrar nada.

—Pues yo creo que la suerte nos favorecerá —dijo Wilcox—. Nos acompañará porque no estamos persiguiendo a hombres, sino a fieras. ¿Y qué hacen las fieras? Matan. «Perro» Douglas dejará huellas de su paso al cometer algún nuevo delito, ya lo verá.

Bill se pasó una mano por la boca.

El, en realidad, veía otra cosa, veía algo de lo que Wilcox no se había dado cuenta.

Estaban siguiendo la pista de «Perro» Douglas, pero en realidad alguien les seguía también a ellos.

Notaba muchos detalles reveladores. A veces, al volverse bruscamente, le parecía ver como la sombra de un jinete en la lejanía. En un par de ocasiones, cuando la llanura estaba muy seca y cualquier impacto resonaba en ella, le pareció escuchar, gracias a su oído agudísimo, el resonar de los cascos de un caballo a cosa de media milla. Pero el jinete que les seguía debía ser muy hábil, porque en ningún momento pudo ni siquiera verlo en esbozo. Incluso le pareció que estaba soñando y que todo aquello eran imaginaciones suyas.

Pero, mientras tanto, la noche iba cayendo sobre ellos. Las sombras ya se alargaban y se hacían más inconcretas. Era la hora del peligro, la hora en que podían caer en una trampa.

Wilcox, que no sospechaba nada, detuvo su caballo y pareció olfatear el aire.

—Hemos de acampar —decidió—. No conviene fatigar demasiado a los animales.

—Busque un sitio donde podamos defendernos bien —dijo Bill.

—¿Por qué? ¿Es que teme algún peligro?

—Del mismo modo que nosotros perseguimos a «Perro», él puede buscarnos a nosotros, ¿no?

—Habla de un modo especial, como si hubiera notado algo.

Bill sonrió de una manera inexpresiva.

—No me haga caso, Wilcox.

—Cerca de aquí hay un arroyo, y en sus inmediaciones también hay árboles y hierba para los caballos. Es un buen sitio para descansar hasta que amanezca.

—De acuerdo. Vamos.

Llegaron al sitio indicado por Wilcox unos diez minutos más tarde. En efecto, resultaba excelente para la acampada. El agua rumoreaba entre una doble hilera de árboles. Entre las sombras de la noche, el paisaje parecía apto para el amor.

Claro que ellos no eran dos enamorados, sino algo así como dos asesinos.

No encendieron fuego para no llamar la atención de nadie. Se limitaron a tomar unos alimentos fríos y a preparar las mantas para pasar la noche.

—Yo haré el primer tumo de guardia —decidió Bill—. Le despertaré dentro de dos horas.

—No tengo inconveniente en hacerlo yo primero —se ofreció Wilcox—. Si usted está cansado…

—Al contrario; no tengo sueño ahora. Aproveche el tiempo y no se preocupe.

Bill encendió un cigarro, ocultando la llamita entre los dedos, y esperó, mientras veía cómo el verdugo se envolvía en la manta y se echaba el sombrero sobre los ojos.

Wilcox no tardó en dormir.

Aunque su resistencia y su fuerza eran extraordinarias, no podía olvidarse que tenía cincuenta años. Los párpados le pesaban, a causa del derroche de energías realizado durante el día. Pronto su respiración sosegada indicó que estaba en lo más profundo del

sueño.

Los ojos de Bill chispearon entonces un momento.

Había llegado el momento de saber si era cierto que alguien les seguía. No había querido alarmar a su compañero para no hacer el ridículo ante él, en el caso de que la alarma fuera falsa. Pero ahora se decidió a averiguarlo.

Había además otro motivo por el cual decidió esperar a que Wilcox se durmiese.

Era una idea en la que no terminaba de creer, pero que a cada momento que transcurría le parecía más y más probable.

Se movió como una serpiente entre la vegetación bastante espesa que bordeaba el arroyo. Era un buen sitio para ocultarse y para dar o recibir una sorpresa. No le cabía duda de que su misterioso perseguidor estaría por allí cerca.

De pronto lo vio, o mejor dicho vio sólo su sombrero sobresalir por encima de los arbustos.

Fuera quien fuese, estaba sentado. Se hallaba algo desorientado, al parecer. Y Bill lo tenía de espaldas.

Se quitó las espuelas para no hacer el menor ruido y se fue acercando un poco más.

A una distancia de unos cinco pasos, saltó.

La caída fue perfecta. No sólo arrolló a su enemigo, sino que le inmovilizó los brazos con una llave y le tapó la boca para que no gritase. Ya era hora de que tuvieran vivo a uno de los hombres de «Perro». Ya era llegada la ocasión de que dispusieran de alguien a quien hacer hablar.

¿Pero qué era aquello?

¿Por qué la boca que estaba sujetando era tan fina?

¿Por qué su cintura era tan estrechita?

De pronto Bill dejó de pensar.

Soltó a su «enemigo», mientras ambos quedaban ya sentados, mirándose fijamente.

Nora balbució:

—¡Bestia!

A pesar de ir vestida de vaquero, resultaba igualmente atractiva. O quizá más, porque aquellas ropas muy ceñidas modelaban sus formas mucho mejor que los vestidos anchos y el buen número de enaguas más o menos almidonadas que se usaban en aquella época.

Bill le contempló a placer, aunque la verdad era que no quería pensar en los atractivos de aquella mujer.

Mientras estuviera en compañía de Wilcox, deseaba apartarla por completo de su pensamiento.

Musitó:

—No debiste hacer esas tonterías. Pude haberte matado.

—¿Sí, eh?

Y ella exhibió el enorme pistolón que llevaba colgando de su cintura.

—¿Sabes manejarlo?

—¡Mejor que tú!

Bill le detuvo con un gesto.

—De acuerdo, muchacha, de acuerdo… No hace falta que me lo demuestres. Me rindo.

—¿Cómo has sabido que os seguía?

—Lo vengo notando desde media mañana, aunque debo reconocer que lo has hecho muy bien. No he estado seguro hasta ahora.

—¿Dónde está mi padre?

—Lo estás siguiendo a él, ¿verdad? Quieres saber lo que se propone…

—Quiero pedirle que no mate más.

Bill asintió, sin mirarla.

—Es un deseo muy razonable —bisbiseó.

—Déjame hablar con él. Necesito convencerle.

—Me temo que sea imposible, Nora.

—¿Por qué?

—En Santa Fe hay una tumba con una lápida blanca. Y en la lápida un solo nombre. ¿Lo has olvidado?

—No lo olvidaré jamás, pero… ¡Pero con eso no devolverá la vida a Clara!

—Cierto, no la volverá a la vida. Pero también es verdad que una muerte llama a otra. No es justo que «Perro» Douglas siga tomando el sol como una lagartija mientras tu hermana está allí abajo. Y sólo si «Perro» Douglas se hubiera arrepentido, y ahora estuviese, por ejemplo, curando leprosos, tal vez se podría pensar en el perdón. Pero no está haciendo eso, sino destrozando la vida de otras chicas como Clara. Tu padre ha guardado una bala para él, y a

mí me parece un deseo muy razonable. Si Wilcox falla, yo descargaré todos los plomos de mí rifle sobre el cochino cuerpo de «Perro». O puede que le destine una muerte aún mejor. Como la de aquel tipo que debiste ver en la casa y que llevaba clavada nada menos que una pica para toros bravos.

Nora se estremeció ante el recuerdo. Sí, había visto aquello, y sabía que ya no iba a poder olvidarlo nunca.

—Eres tan salvaje como él… —musitó—. Tan bruto como mi padre.

Bill sonrió.

—Y tú tan bonita como debió ser tu madre.

—¡No la mezcles en esto!

—Bueno, pues no hablaré de tu madre. Entonces te diré que eres tan bonita como debió serlo tu tía.

Nora enrojeció. Se notaba que tenía el genio fácil, al igual que el autor de sus días. Todos los Wilcox debían ser unos demonios, aunque —pensaba Bill—. Nora era un demonio muy agradable.

—Merecerías que disparara contra ti —dijo la muchacha quedamente.

—Muy bien… Hazlo y despertarás a tu padre. Me gustará ver la cara que pone al encontrarte aquí.

—Precisamente deseo que me vea. Quiero hablar con él.

—Muy bien… Entonces despiértalo. Está un poco más allá. A unas cincuenta yardas, detrás de esos matorrales.

Ella se puso en pie. Pareció dispuesta a ir hacia allí.

Pero de pronto se detuvo. Bill notó por su gesto que un padecimiento inmenso, un sufrimiento que era sus días y sus noches estaba devorando el alma de aquella mujer. Fue algo instintivo, una de esas cosas que no necesitan palabras. Por eso no se sorprendió en absoluto cuando ella volvió la cara y le mostró sus ojos donde brillaban dos lágrimas.

Hubo un momento de tenso silencio entre los dos.

Ambos estaban espantosamente quietos.

Bill susurró:

—Te da miedo, ¿verdad?

—Desde que Clara murió… Mi padre se ha transformado en… en una fiera. Hay momentos en que no me parece el mismo… Ratos en los que creo que no es mi padre realmente.

—Antes era un hombre justo y tranquilo, ¿no?

—Siempre… respetó la Ley.

—Y ahora también la respeta, pero de otro modo. Sólo mata a los que lo merecen. ¿Sus métodos? Los métodos son otra cosa, muñeca. Aquí, en realidad, cada uno mata como puede, para que no le maten a él. La venganza es cómo un veneno que han metido en la sangre de tu padre. Para quitárselo necesitaría cambiarse toda la sangre por entero. Deja que se vengue, deja que termine lo que ha empezado a hacer. Entonces tu padre volverá a ser el mismo.

—Pero…, pero no puedo vivir así…

—¿Cuestión de dinero?

—No, no es eso. Mi padre, antes de irse a… bueno, antes de transformarse en lo que es ahora, me dejó bastante para vivir.

—Pues entonces tu problema es otro. La soledad, ¿no?

—La soledad y la idea de qué cualquier día van a matarle. De que esto no puede continuar.

—Pues para esa clase de problemas hay un buen remedio.

—¿Cuál?

—Cásate.

Rechinaron los dientes de la muchacha.

Dio la sensación de que iba a saltar sobre el hombre, cuyas facciones eran como una máscara inexpresiva.

—¡Odio a los hombres! —masculló.

—No me extraña. Con los ejemplares que corren por aquí…

—¡Y tú el peor de todos!

—Cierto…

—¡Me engañaste al decirme para qué habías venido aquí! ¡Me mentiste al decirme que no tenías ninguna relación con mi padre!

—Creí que era mejor que no supieras la verdad.

—La verdad… Tú nunca la dices, ¿no es así?

—Algunas veces. Por ejemplo, digo la verdad al asegurarte que estás para que te coman.

Nora estuvo a punto de saltar de nuevo sobre él. Sus facciones habían cambiado. Ya se habían secado las lágrimas de sus ojos, y ahora no había en ellos más que una expresión de desprecio. Con gusto hubiera abofeteado a Bill, a quien consideraba uno de los responsables de la actual vida de su padre. Pero algo le desconcertaba en aquel hombre, algo que le impedía moverse: era

su rostro de piedra, su expresión helada, pétrea. Había dicho que estaba para comérsela, cierto; pero lo había dicho con la misma frialdad que el que habla de la belleza de un paisaje remoto.

La voz de Bill también resultó helada cuando dijo:

—Y ahora lárgate.

—¿Irme? ¿No voy a hablar con mi padre?

—No.

—¿Quién eres tú para impedírmelo?

—Uno que sabe lo que es el deseo de venganza. No lograrás convencer a Wilcox. Deja que mate a «Perro» Douglas y entonces todo se arreglará. Cuanto antes lo liquide más pronto se resolverán las cosas, de modo que no perdamos tiempo.

Señaló a la muchacha la zona que se extendía más allá del arroyo.

—Seguirás por allí.

—¿Por allí? ¿Y quién eres tú para señalarme el camino?

—Es un consejo —murmuró Bill—. No hay duda de que los hombres de «Perro» buscarán al que dejaron de vigilancia en aquella casa. Es decir, aparecerán por allí tarde o temprano. Si vuelves por el mismo camino, es muy fácil que te los encuentres, y entonces no quiero pensar en lo que sucedería. Más vale que des un pequeño rodeo en aquella dirección. Entonces es seguro que llegarás a Santa Fe sin tropiezos.

—Pero es que por esa zona… está el pueblo abandonado de Kliber.

—Cierto… Abandonado. Nadie te molestará allí. Lo atraviesas y encontrarás a la salida un camino que te llevará a Santa Fe en línea recta.

—Lo conozco.

—Pues entonces abur, muñeca.

Ella le miró desconcertada.

No entendía a aquel hombre que tan pronto la miraba con deseo como la contemplaba con la misma indiferencia que a una mariposa muerta.

—Es posible que no nos volvamos a ver —dijo.

—Así lo espero.

—Cuida de mi padre.

—No te preocupes, él ya sabe cuidar de sí mismo. ¡Y de qué

manera lo hace! ¡Menudo tío!

Permaneció impasible mientras la muchacha desaparecía en silencio, tan cautamente como había llegado hasta allí.

Al quedar solo aún estuvo unos minutos quieto, como hundido en sus pensamientos.

Luego se levantó y volvió hasta el lugar donde dormía Wilcox.

Pero éste se despertó bruscamente al oír el rumor. Estaba alerta incluso dormido, como un puma.

—¿Qué ocurre? —balbució.

—Nada… Duerme tranquilo.

—¿Por qué se ha alejado de aquí?

—He ido a beber agua al arroyo. Y no se preocupe; aún falta hora y media para el relevo.

Wilcox suspiró aliviado.

—Menos mal… Había creído que…

Bill encendió un cigarrillo pensativamente.

Y estuvo mirando al otro hasta que éste, poco a poco, se fue quedando dormido otra vez.

CAPÍTULO IX

La muchacha trotaba a la luz incierta del amanecer en la dirección señalada por Bill.

Había descansado unas pocas horas, a cierta distancia del lugar donde acampaban los dos hombres. Y apenas las primeras luces se insinuaron en el horizonte, se puso en marcha. No quería que la viesen. Ansiaba llegar cuanto antes a Santa Fe para esperar el final de aquella pesadilla.

La ruta era más áspera y solitaria cada vez. Antes no había encontrado un alma, pero es que ahora no se veían ni pájaros. Lo más desierto de Nuevo México estaba ante sus ojos. En verano aquello debía resultar insoportable, pero en enero se podía aguantar bien.

Se comprendía que los habitantes de la ciudad de Kliber la hubieran ido abandonando poco a poco.

Creyendo que allí había yacimientos minerales, la edificaron en un santiamén, con adobes y piedra. Pero sólo encontraron buitres y polvo, hasta que el último habitante, desengañado, marchó.

La sensación de aquella espantosa soledad se había metido hasta el fondo del alma de Nora.

¿Soledad?

¿Por qué creía que estaba sola? ¿Es que no se daba cuenta de que alguien la estaba siguiendo desde lo alto de una colina pedregosa?

Era un tipo grueso, barbudo, que tenía en los ojos una luz demoníaca.

En ellos se recortaron las armoniosas líneas de la mujer. Sus rotundas caderas. Sus senos prietos y juveniles.

Aquel hombre sintió que se le quedaba la boca seca.

Una mujer así, una divinidad viviente… ¡y sola!

Al trote corto, para no hacer demasiado ruido, fue al lugar donde estaban sus otros compañeros. «Perro» disponía ahora de una amplia banda, después de las últimas incorporaciones: diez hombres en total, contando el que llegaba ahora.

Le miró con recelo. Los forajidos estaban ateridos de frío, al no haberse atrevido a encender una hoguera durante la noche. En las barbas de algunos de ellos se había depositado la escarcha.

—¿Qué hay, Ted?

El forajido descendió de su caballo.

—Mientras hacía mi patrulla he visto una mujer, patrón. Una mujer maravillosa, divina… ¡y va sola!

«Perro» bizqueó.

—Es extraño. ¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia Kliber, la ciudad abandonada.

—Hum… Puede haberse perdido.

—Eso creo… —los ojos de Ted brillaron—. ¿Y vamos a consentir que se pierda del todo? ¿No la traeremos aquí?

—Una mujer siempre es una buena compañía —sugirió otro—. Ayuda a pasar el rato…

En otras circunstancias, «Perro» Douglas hubiera ido él mismo. No había nada que le apasionase tanto como acorralar una mujer en la llanura, igual que si fuera un zorro. Pero ahora había otras cosas que le inquietaban. La desaparición de «Bebé», la de aquel otro que había estado vigilando en la ganadería de reses bravas…

—No me conviene moverme de aquí —dijo—. Espero recibir noticias de un momento a otro, y éste es el lugar que había elegido para la reunión. Vete tú, Ted. Elije dos hombres más… ¡y tráela viva!

Ted rió siniestramente.

Comprendía lo que su jefe quería decir.

—Muerta no nos serviría —dijo entusiasmado, como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¿Qué? ¿Hay voluntarios para venir conmigo?

Casi todos los del grupo se levantaron. Lo que iba a ocurrir les encantaba.

—El jefe ha dicho que sólo dos —murmuró Ted—. Tú y tú.

Los elegidos sonrieron y montaron a caballo. Salieron al galope

en la dirección indicada por Ted.

* * *

Mientras tanto la muchacha había visto ya las primeras casas de Kliber.

En su vida sólo estuvo une vez allí, cuando su padre aún era el honrado abogado Wilcox. Hubo un pleito sobre unas tierras, cuando la gente aún creía que valían algo, y su padre hubo de ir a verlas. Ella y Clara le acompañaron. Recordaba que entonces la ciudad rebullía de vida.

¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces!

Ahora Clara ya no existía. Las casas de Kliber estaban abandonadas. Parecían un cementerio.

Al ver aquella soledad, sintió que se le sobrecogía el ánimo.

Tenía la sensación de que un peligro desconocido le acechaba allí. De que un oculto mal se escondía en aquella ciudad muerta que ya ni los buitres sobrevolaban.

Contuvo la respiración, vacilando.

Pero al fin se decidió. Atravesando la que había sido calle principal de la ciudad, se llegaba al camino de Santa Fe. Era la ruta más corta y más segura. Bill no la había orientado mal.

Penetró entre las casas de adobes y de piedra. No vislumbró las tres siluetas que cruzaban silenciosamente la calle a espaldas suyas. No vio los tres pares de ojos siniestros que ya la esperaban allí.

* * *

Ted fue el que hizo la señal.

—Por allí…

Cruzando la próxima calle cortarían el camino de la muchacha. Ella ni lo sospechaba siquiera.

Al verla más de cerca, los tres hombres habían sentido escalofríos en todo el cuerpo.

Les parecía imposible que una chica tan perfecta fuera a convertirse en su presa. Nunca habían visto nada tan maravilloso. Sus ojos brillaban como brasas al contemplarla.

Ted se situó en un portal que parecía ir a hundirse por momentos.

Señaló a los otros dos el portal frontero.

—Pasará por en medio…

En efecto, se oían ya los cascos del caballo sobre el empedrado de lo que había sido una calle. Los tres se mordieron los labios para no gritar de entusiasmo. Ya la tenían allí… ¡Ya era suya!

Ted gritó:

—¡Ahora!

Nora pasaba entre los dos portales, sin imaginar lo que la esperaba. No tuvo tiempo ni de lanzar un grito. De repente vio aquella especie de lobos que saltaban sobre ella.

Fue derribada del caballo.

Los forajidos gruñían como animales rabiosos. La arrastraron al interior de una de las casas.

Nora fue a gritar, pero le taparon la boca. Se revolvió y logró conectar un puntapié al bajo vientre de uno de sus enemigos.

Éste lanzó una salvaje maldición. La golpeó rabiosamente en la nuca.

—¡Tú, que la vas a matar!

—Sólo quiero que no nos de molestias.

Nora cayó a tierra. Parecía como si hubiese perdido el conocimiento, pero no lo había perdido del todo. Para desgracia suya, seguía dándose cuenta de lo que ocurría. Y por eso oyó perfectamente el diálogo de los tres miserables.

—No hay que tocarla.

—Douglas ha dicho que la lleváramos.

—Sí, pero sólo ha dicho; «viva». Sobre lo demás, no ha pronunciado una palabra. No va a enfadarse porque nosotros nos divirtamos un poco.

—Pero si se le sube la mosca a la nariz, es capaz de liquidarnos.

—Entonces podemos hacer algo mejor.

—¿Qué?

—Nos quedamos un buen rato con la chica, luego la liquidamos y decimos que se nos ha escapado. Douglas no va a entretenerse en averiguarlo.

La idea pareció gustar a los tres.

Sus ojos brillaban demoníacamente.

Se acercaron a la muchacha, que, desde el suelo, tumbada en un ángulo de la habitación, les contemplaba con las facciones

desencajadas.

Ted farfulló:

—Ven, nena…

Y entonces oyeron aquella cosa incomprensible, absurda, en lo alto del tejado.

Aquella voz que decía:

—Ven, nene.

CAPÍTULO X

Los tres alzaron la cabeza al mismo tiempo, como si desde el techo hubieran visto saltar hacia ellos una serpiente.

Pero lo que vieron les dejó más helados que una víbora. Por la techumbre semi destrozada, asomaba la mitad del cuerpo de un hombre que llevaba un «Colt» Aquel hombre resultaba bien conocido para uno de los tres granujas, que había estado pudriéndose en «El Descansito», mientras esperaba su condena a muerte.

—¡Bill!

Bill murmuró tranquilamente:

—Habéis caído en la trampa, muchachos. Habéis perdido la partida, y ahora ha llegado la hora de pagar.

Pese a que los tres hombres llevaban armas, no se atrevían ni a mover los dedos hacia las fundas.

Aquella expresión pétrea, aquella mirada de halcón había puesto en sus bocas el sabor de la muerte.

—Lo malo es que yo creía que vendría el propio «Perro» —murmuró Bill—. Pensaba que a una maravillosa mujer como ésta querría cazarla él personalmente. Pero veo que me he equivocado. «Perro» debe estar en baja forma… En lugar de moverse él, envía a tres conejos asustados para hacer el trabajo.

Ted sentía un frío mortal en sus entrañas, en su vientre.

Musitó:

—Te diremos dónde está… si nos perdonas la vida.

—Aceptado.

—¿Conoces un arroyo llamado Sauces?

—Esta noche he acampado junto a él.

—Pues en su cruce con otro arroyo llamado Blanco, está

Douglas. Tiene otros siete hombres. Y está en un sitio… fácil de defender.

Bill rió.

—Gracias por el informe, muchacho.

—Ahora… déjanos ir.

—Claro que sí. Vais a marcharos.

Lo dijo con tal entonación que los otros comprendieron instantáneamente lo que iba a suceder.

Ted apenas pudo balbucir:

—¡Traidor…!

La primera descarga le alcanzó en mitad de la frente. Sus compañeros intentaron desesperadamente llevar las manos a los revólveres.

No pudieron.

Bill disponía de la ventaja de estarles apuntando ya, y no la desaprovechó. Apretó el gatillo fríamente, como una máquina que sólo sirviera para matar. Los dos hombres rebotaron hacia atrás como si acabaran de chocar contra una pared invisible. Sus manos, al caer, arañaron inútilmente el aire.

Luego se hizo el silencio, un espantoso silencio que lo llenaba todo. Bill estaba acostumbrado a él. Sabía que el silencio que se «oye» después de las tracas de disparos, es algo que no se puede explicar.

Esa pausa fue rota por un sonido casi inaudible. Era la respiración agitada de Nora Wilcox, aquella respiración que parecía arañarle el pecho.

Bill saltó desde el tejado al suelo.

—Bueno, muñeca, estás a salvo…

Ella dijo:

—Sí.

—Te sacaré de aquí.

—Sí.

—Dame la mano. Te ayudaré.

Pareció como si, en efecto, ella fuera a darle la mano, La tendió hacia él.

Pero de repente Bill tuvo una buena sorpresa, o mejor dicho una mala sorpresa.

La mano que se tendía hacia él cambio de dirección de repente.

Voló hacia su mandíbula y se produjo un chasquido.

Bill nunca había encontrado una mujer que pegase igual. Aquélla era una campeona.

Cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, ya estaba apoyado en una de las paredes. Y de no ser por eso, es muy posible que incluso hubiese caído a tierra.

Nora dijo con voz tensa:

—De modo que me has empleado como un cebo…

—Bueno, yo…

Nuevo guantazo.

Bill sintió como si en el interior de su cerebro empezara a sonar una campana. Pero no se movió.

—De modo que, sirviéndote de mí, pensabas cazar a esa pandilla de miserables…

—Ellos emplearon una mujer como cebo cierta vez —murmuró Bill—. Justo es que yo hiciera lo mismo.

—¿Sí, eh?

Y la mano derecha de Nora voló de nuevo. Bill, que no se había movido, recibió un impacto aún peor que los otros dos.

Pero le pasaba una cosa extraña.

No sentía dolor.

Las manos de la muchacha eran, en su cara, como mudas caricias. Aquellos ojos de Nora, que llameaban de furia, nunca le habían parecido tan hermosos como en este momento. Su busto palpitante nunca lo había visto tan tentador.

—¡Maldito! —gritó ella—. ¡Maldito, maldito mil veces!

Y empezó a golpearle el pecho. Se lo aporreaba con todas sus fuerzas, sin piedad, tan rápida que tenía la sensación de asfixiarse. ¡Pero aquel condenado no se movía! ¡Aquel hombre, por el contrario, aún la miraba sonriendo!

Eso aumentó su furor. Aún fue a golpearle con más fuerza.

Y de pronto sus manos fueron inmovilizadas en el aire por algo que parecían dos garfios de acero. De súbito la sonrisa de los labios de Bill dolorosa, descarnada, mostraba una pasión más fuerte que su propia vida.

Se dio cuenta de lo que iba a suceder y luchó para evitarlo, pero no pudo.

Aquella especie de garfios de hierro eran más fuertes que sus

brazos. Gimió al notar que los labios se acercaban a su boca. Y el gemido cesó cuando el beso la hizo estremecerse.

No supo cuánto tiempo estuvieron así.

No supo lo que sentía. Si era placer, dolor, o simplemente lo que había sentido antes: odio.

Pero era como estar en otro mundo. Era como si aquella ciudad maldita rodara en torno a ella. Como si todo fuera distinto.

El silencio.

El silencio la envolvía.

Había perdido la noción del espacio y del tiempo.

Le parecía increíble que una cosa tan sencilla pudiera provocar en ella esa reacción. Y era que a Nora Wilcox no la habían besado nunca, y ella pensó que no la besarían jamás. Nora Wilcox, que odiaba a los hombres, creyó que el amor nunca penetraría en su corazón. Y ahora no estaba segura de nada, ahora ya no sabía lo que sentía.

Él la soltó.

Los dos, mirándose a los ojos, aspiraron aquel aire quieto, aquel silencio cómplice.

Nora entreabrió los labios para decir una sola palabra:

—Maldito…

—Lo siento, muchacha. Creo que no lo he podido evitar.

—Sólo los miserables dicen eso.

—Es posible tengas razón. Pero ya está hecho, Nora, y no se volverá a repetir. Un simple beso no te ha manchado. Ahora puedes volver a Santa Fe sin ningún temor.

Ella se apartó unos pasos, para salir de la casa.

—¡Claro que volveré! ¡Y no nos veremos nunca más!

—Eso temo, muchacha.

Y por primera vez en mucho tiempo, en la voz del hombre palpitaba una pena infinita.

Nora salió a la calle y montó su caballo de un salto.

Dirigió la mirada hacia atrás, hacia el interior de la ruinosa habitación donde estaban los tres muertos.

Bill murmuro:

—Podrías despedirte como una persona, muchacha. Decirme al menos adiós, ya que no volveremos a vernos.

—Sólo tengo que decirte una palabra, Bill.

—Pues dila.

Ella apretó los labios antes de escupir:

—¡Muérete!

Y se alejó al galope hacia la salida de la ciudad, hacia el sendero que llevaba a Santa Fe.

Bill se la quedó mirando unos instantes pensativamente, hasta que desapareció.

No podía decirse que estuviera alegre.

Aquella caricia, aquel beso le había dejado como una mancha en el alma, como una señal que no se borraría nunca, como una pasión que nunca moriría y que le haría sufrir mientras palpitara sobre la tierra.

Porque Nora nunca sería suya. Porque Nora lo había dicho bien claro en aquella sola palabra:

«¡Muérete!»

Volvió la cabeza hacia atrás.

Bueno, los que estaban muertos eran aquellos tres tipos. Y de qué manera…

La lástima era que el propio «Perro» no hubiera acudido al cebo de la mujer. Que aún estuviera vivo, en compañía de un buen grupo de sus pistoleros.

Dio casi la vuelta a la población y recogió su caballo, que había dejado en el interior de una vieja cuadra.

Montado en él, salió hacia las colinas. Sabía muy bien dónde estaba Wilcox. Notó su presencia al oír el brusco chasquido de la palanca de un rifle al moverse.

—¡Bill!

Bill alzó tina sola mano.

—Hola, Wilcox.

—¿Dónde cuerno estabas? ¿Por qué me has dicho que permaneciera aquí mientras dabas una batida? ¡Ha pasado mucho rato!

—Es que he dado una vuelta larga.

—Y también he oído disparos en dirección a Santa Fe.

—Es que me he encontrado con tres hombres de «Perro» Douglas. Naturalmente los tres están ahora con las piernas quietas y con la boca tiesa.

Wilcox disimuló apenas su ansiedad, mientras acariciaba el

cañón del rifle.

—¿Han hablado?

—Uno de ellos ha cantado ópera. Me ha dicho dónde está «Perro», a cambio de perdonarle la vida.

—¿Y tú se la has perdonado?

—Sí… Durante tres minutos.

Lanzó una carcajada y señaló hacia el horizonte.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —murmuró—. «Perro» nos está esperando. ¿Y desde cuándo dos caballeros como nosotros han llegado tarde a una cita?

Capítulo XI

Dejaron los caballos a cierta distancia de la confluencia de los dos arroyos. Vieron muy bien, cubierto por las rocas, el sitio donde debían estar «Perro» y sus hombres.

Ambos prepararon sus rifles.

En sus facciones había una misma mueca de implacable decisión.

Bill susurró:

—Bien… Creo que por fin estamos sobre ese buitre. Ha llegado el momento decisivo.

—Es extraño.

—¿Extraño por qué?

—En uno de los momentos más cruciales de mi vida no tengo otra ayuda que la de un forajido —dijo Wilcox—. Porque tú estabas condenado a ocho años…

—Ujú.

—Luego, cuando todo esto termine, tendrás que devolverme el revólver.

Bill no dijo ni que sí ni que no.

Solamente una sonrisa inexpresiva, helada, distendió sus labios.

Era una sonrisa de verdugo que ni siquiera había tenido jamás el propio Wilcox.

Al cabo de unos momentos se limitó a murmurar:

—Seguro…

Y empezó a trepar por entre las rocas.

Wilcox le siguió. Los dos se movían como pumas, sin causar el menor ruido. Tal como avanzaban hubieran sorprendido a cualquier centinela, por muy atento que estuviese.

Conforme adelantaban, aumentaba su excitación.

Les temblaban las manos ante la inminencia de aquel festival de la muerte.

Pero cuando dominaron con sus rifles el campamento de «Perro», los dos sintieron una enorme depresión. Todo aquel esfuerzo había resultado inútil. El campamento estaba abandonado y sólo se veían unos cuantos cachivaches aquí y allá. Ni rastro de los forajidos.

Wilcox lanzó una salvaje imprecación.

—¡Se han largado!

—Por fuerza han tenido que sospechar algo —dijo Bill—. Ésa es la única explicación.

—Les habrá sorprendido ver que no volvían sus tres compinches…

Bill chascó dos dedos.

—Claro… Ésa es la única explicación. Y habrán ido a buscarlos. Habrán querido saber qué era lo que sucedía. Seguro que están ahora en la ciudad abandonada.

—Pues vamos allá… ¿A qué esperamos?

Bill puso el rifle en su hombro, en actitud de descanso, sujetándolo por el gatillo.

—Bueno, no hay tanta prisa…

—¿Que no la hay…? ¿Y si se nos escapan?

—Déjame fumar primero…

—¿Fumar, ahora? ¡Infiernos! ¡Me estás poniendo nervioso!

Bill extrajo calmosamente su bolsa de tabaco, en cuya parte exterior llevaba un pequeño espejito. Se la puso ante la cara, como si fuera a introducir los dedos en ella.

Y de pronto sus facciones se crisparon con rabia. De pronto sonó una detonación que repercutió en todo el circo de montaña.

Se oyó un alarido.

El hombre que estaba tras ellos, sobre una roca, apuntándoles ya, cayó rebotando de peñasco en peñasco.

Bill acababa de matarle sin volverse, de un tiro magistral, apuntándole simplemente por medio del espejito.

Wilcox, con la boca abierta, balbució:

—Pero…, ¿cómo habías notado que estaba allí?

—El mismo, el muy idiota, me ha estado haciendo señales.

—¿Queeeeé…?

—Se ha puesto muy prudentemente de cara al sol, para que la sombra cayera hacia su espalda y no se proyectara sobre nosotros. Pero no se ha dado cuenta de que la hebilla de su cinturón, brillaba al estar frente al sol, y enviaba su reflejo, como el de un espejito, hacia aquellas rocas, Cada vez que se movía, el tío me enviaba una señal. En fin, ya no le guardo rencor. Descanse en paz.

Movió de nuevo la palanca del rifle para recargarlo, con un seco chasquido, y señaló el lugar donde estaban los caballos.

Tenían que volver a la ciudad abandonada.

* * *

«Perro» Douglas rechinó los dientes.

Ahora se veía por qué le daban aquel apodo, además de por sus fechorías. «Perro» tenía unos dientes caninos que parecían exactamente los de un animal. Su sonrisa, en determinados momentos, era macabra.

La visión de sus tres hombres, retorcidos en aquella habitación ruinosa, le hacía sentir como si se le helara la sangre. Ahora contaba solamente con seis pistoleros, incluso después de sus últimas «adquisiciones». Había dejado un hombre de guardia en el campamento, pero no sabía lo que habría sido de él.

«Perro» ignoraba que en este mismo momento ese hombre ya no tenía preocupaciones, y que una bala de rifle le había atravesado certeramente el centro de la cabeza.

Contempló a sus pistoleros, que también miraban atónitos aquel macabro espectáculo.

Apretó los puños mientras mascullaba:

—Aquellos dos malditos han pasado por aquí…

—Pero aún somos siete contándole a usted patrón dijo uno de los forajidos. —Podemos hacerles un buen recibimiento.

—Y se lo haremos. Porque es seguro que vendrán a buscarnos. ¡Seguro que sí!

Inmediatamente distribuyó a sus pistoleros.

La ciudad ofrecía magníficas posibilidades para una sorpresa. Lo que sobraban allí eran rincones, tejados, puertas desvencijadas y ventanas sin postigos. Desde cualquier lugar, desde debajo de cualquier piedra, podía surgir la muerte.

Pronto estuvieron todos listos.

Dominaban con sus revólveres todos los accesos de la ciudad, de modo que nadie podía acercarse allí sin ser visto.

Con el ansia de matar clavada en los ojos estaban allí preparados para la última, para la decisiva batalla.

* * *

Los dos hombres habían dejado sus caballos atrás, para no hacerse tan visibles. Avanzaban a pie, con la mirada perdida en el vacío. Y cuando llegaron a la vista de los primeros relieves de la ciudad, se detuvieron.

Bill pareció olfatear el aire.

—No me gusta —dijo.

—¿El qué?

—Esa quietud.

—Tal vez ellos no hayan llegado aún.

—No, no… Al contrario. Han llegado, los muy malditos. Nos están esperando y contienen incluso la respiración. Ahí no se mueve ni una mosca… Es demasiada quietud, aunque la ciudad está abandonada. Además, mira.

Señalaba hacia lo lejos, hacía unos puntitos negros que se movían en el horizonte.

—Los buitres que había, en la ciudad, no se atreven a volver a sus nidos y están sobrevolando los tejados —explicó—. Eso indica que hay gente.

—Los buitres… Es extraño, pero siempre les he tenido simpatía —dijo Wilcox con una sonrisa helada—. Animalitos…

—¿Vamos a darles comida?

—Vamos.

—Pero no por este camino, porque nos achicharrarían a balazos desde los tejados. Hay que seguir por allí.

Señalaba un agujero oscuro que se abría en el suelo, a no mucha distancia, medio tapado por unos matorrales. Wilcox, en el primer momento, no comprendió.

Se pasó una mano por la boca.

—¿Qué es eso?

—¿Has olvidado que antes se creyó que ésta era una zona minera? Los habitantes de la ciudad abrieron galerías por todas partes, y ésta es una de ellas. Apostaría a que conduce

prácticamente hasta las mismas calles dónde nos están aguardando.

—Pero quizá esté hundida…

—Ése es un riesgo que hemos de correr. O muertos o enterrados. Elije.

Wilcox se rascó la nariz.

—Me parece que si nos descuidamos vamos a estar las dos cosas…

Pero se introdujo en el agujero en compañía de Bill. Y unos instantes después, la más tenebrosa oscuridad les rodeaba por completo.

* * *

Uno de los forajidos oteaba con su rifle desde lo alto de uno de los tejados.

Ante él se extendía un pedazo de llanura seca, desierta, muerta. No se veía un alma. No se oía más sonido que el de los buitres que graznaban sobre sus cabezas.

Aquel graznido de los buitres llegaba a obsesionar.

Era como un presagio de la muerte que les envolvía por completo, que llenaba el aire.

El pistolero masculló:

—Eh, Percy…

Desde abajo le contestó otra voz.

—¿Qué hay?

—¿Estás ahí?

—¿Crees que si no estuviera aquí te contestaría, idiota?

—Era sólo por saberlo…

—Pues metete la lengua dentro de las narices…

—Es que no se ve nada.

—Mejor. Ya vendrán.

—Oye, Percy…

—¿Quieres callarte de una vez?

—Es sólo para no dormirme, hombre… ¿A ti qué es lo que más te gusta en el mundo?

—Una chica.

—¿Rubia o morena?

—Pelirroja.

El pistolero rió mirando hacia abajo, hacia el lugar dónde sabía

que estaba su invisible compinche.

—Je, je… Ya lo sabía. Tú te pirras por las pelirrojas. Si tu suegra se tiñera, hasta te enamorarías de ella.

—¡Calla, idiota!

—Je, je, je…

El pistolero volvió a mirar hacia la llanura, temiendo haberse descuidado. Pero nada, no se veía nada. Todo estaba tan quieto, solitario y muerto como antes.

Y si uno mira fijamente un espacio vacío, donde no ocurre nada, acaba doliéndole los ojos.

Eso era lo que le ocurría al pistolero del tejado.

Tenía miedo de quedarse dormido poco a poco.

Por eso gruñó de nuevo:

—Percy, ¿estás ahí?

—Sí, claro que sí, burro.

—Je, je… Vas a decirme qué es lo que más te gusta en el mundo.

—Una chica.

—¿Pelirroja?

—¡Quía! Morena…

El pistolero sintió que se le atragantaba la saliva.

Diablo…, ¿por qué Percy había cambiado de opinión de aquella manera?

¿Ya no le gustaban las pelirrojas?

¿Y por qué su voz sonaba distinta ahora?

Bruscamente tuvo un sobresalto.

Fue a disparar al aire, creyendo que allí ocurría algo.

Y el puñal se le clavó por la espalda hasta las entrañas, como una aguja de fuego.

Vio confusamente al hombre que lo había liquidado así. Tenía los ojos acerados y estaba manchado de tierra. Con un soplo de voz logró apenas balbucir:

—Wil… ¡Wilcox!

Cayó del tejado hacia la calle. Pero dos poderosos brazos, parecidos a cables de acero, le sujetaron desde la ventana inferior, para que no hiciera tanto ruido. Confusamente distinguió a Percy, que estaba en el interior de una habitación, con la garganta abierta en canal.

El pistolero reunió sus últimas fuerzas. Usó todas las energías que le quedaban en aquel desesperado gesto.

Apretó una vez el gatillo del rifle que no había soltado aún. Disparó al aire, puesto que apenas podía ver a sus enemigos.

La alarma se extendió por todas partes. Justo lo que Wilcox y Bill habían querido evitar, acababa de producirse.

Wilcox masculló:

—Y yo que los hubiera querido ir degollando uno a uno…

—Demasiado sencillo. Ahora tendremos que luchar.

—¿Cuántos deben quedar?

—Si mis cálculos no fallan, cuatro y «Perro».

—Pues… ¡a por ellos!

Claro que eso era lo mismo que quería «Perro» Douglas. Porque él también acababa de gritar a sus hombres:

—¡A por ellos…!

CAPÍTULO XII

Los cuatro forajidos estaban apostados en lugares estratégicos, dominando los accesos de la ciudad, pero ahora se sentían desorientados. No sabían dónde estaban sus enemigos ni por dónde habían conseguido llegar hasta allí.

Caso de haber visto sus ropas manchadas de tierra, lo hubieran adivinado. Pero no las veían.

Dudaron entre obedecer la orden y moverse de sus puestos o permanecer en ellos. Claro que, con los enemigos dentro, ya no valía la pena vigilar los accesos de la ciudad. De modo que se movieron como reptiles hacia donde había sonado el disparo de rifle.

Bill y Wilcox contaban con eso.

Los dos se parapetaron, con las armas preparadas. Tendrían la ventaja de «ver venir» a sus enemigos.

Pero en cambio adolecían de una desventaja que se iría haciendo mayor por momentos: la falta de municiones. No habían podido reponerlas desde que iniciaran la persecución de «Perro», mientras que a éste le sobraban los plomos. Cada hombre contratado por él había traído una buena cantidad.

Wilcox pareció pensar en eso mientras acariciaba su revólver. El contaba con una bala, y eso era bastante. La bala que tenía destinada para «Perro» Douglas.

Bill susurró:

—Cuatro, además de «Perro», siguen siendo demasiados.

—¿Y qué? ¿Es qué tienes miedo?

—No, pero hemos de hacer algo para engañarlos. Aunque pierda mi rifle, hemos de planearlo.

—Un arma menos no importa. —Wilcox señaló a los dos

muertos—. Ahí tienes rifles y plomo de sobras. No me había fijado en eso antes. Creí que nos íbamos a quedar sin balas.

Bill no contestó.

Tomó su rifle y ató al gatillo una cuerda que tenía tanta longitud como anchura la calle. La cruzó corriendo y depósito el rifle en la casa frontera, volviendo luego con la cuerda.

Una vez de nuevo en su lugar, tiró de ella y se produjo el disparo.

Los finos oídos de los pistoleros de «Perro» lo localizaron inmediatamente. Y para ellos la casa donde se habían ocultado sus enemigos apareció tan clara como si la hubieran pintado con pintura roja.

—Allí…

—Cuidado… Primero un solo hombre. Hay que ver si están los dos juntos o no…

Señaló a un pistolero.

Éste se deslizó sigilosamente a lo largo de la calle, disponiéndose a entrar en la casa donde había sonado la detonación.

Naturalmente, Wilcox y Bill lo vieron. Estaban prácticamente a sus espaldas. Los dos arrugaron el ceño al mismo tiempo.

—Creí que vendrían más…

—Uno es bien poca cosa.

—Pero menos es nada, claro…

El último en hablar había sido Wilcox. Éste preparó su rifle.

—Adiós, muchacho —dijo—. Feliz cumpleaños…

Y disparó tranquilamente. La cabeza del pistolero bailó de un lado a otro como si en ella acabara de recibir un terrible golpe. Se pegó a la pared y cayó lentamente al suelo, arañando las piedras.

«Perro» lo vio caer.

Sus facciones se habían vuelto lívidas, cadavéricas, como las de un espectro.

A pesar de que aún doblaban en número a sus enemigos, no se podía luchar contra dos demonios.

Sus dientes castañeaban. Por primera vez empezaba a perder la serenidad.

Pero ahora sí que sabía dónde estaban sus enemigos. Había visto el fogonazo. Se quitó las espuelas y ordenó con gestos a sus tres hombres que hicieran lo mismo.

Ahora iba a empezar una verdadera batalla de topos entre las ruinas de la ciudad muerta.

Bill lo sabía y por eso señaló la puerta trasera.

—Me largo por allí.

—Atácales por la espalda. Yo les distraeré —bisbiseó Wilcox.

—No te preocupes; ya se entretienen ellos solos…

En efecto, los hombres de «Perro» avanzaban con tanta lentitud que aquello parecía hacerse interminable. Se notaba que tenían miedo. No estaban dispuestos a cometer otro error que ahora ya sería irreparable.

Pero Bill no tenía prisa.

Se puso un cigarro entre los labios y lo encendió calmosamente. Estaba ahora en una habitación semi ruinosa, a punto de derrumbarse por completo. El techo apenas lo sostenía una viga que casi no tenía punto de apoyo. De un momento a otro aquello parecía ir a hundirse.

Oía las pisadas de sus enemigos, a pesar de no llevar éstos espuelas.

Se acercaban muy sigilosamente hacia el lugar donde estaba Wilcox.

Expelió aire lentamente.

Desde el lugar donde estaba no tenía demasiado ángulo de tiro. Y no le convenía cambiar de sitio porque entonces hubiera quedado al descubierto.

Hizo algo que parecía una imprudencia. Y que seguramente lo era, porque equivalía a ponerse a tiro.

Disparó una sola vez, procurando que el fogonazo se viera por la ventana. El hombre que iba a entrar ya por la puerta de Wilcox, cambió la dirección de su marcha.

Entró como un ciclón por la puerta de la casa donde se hallaba Bill. Lanzó un grito al verlo sentado, con el rifle mal dispuesto, sin apuntarle a él.

¡Lo había atrapado desprevenido!

¡Era el fin!

Fue a disparar, pero Bill se le adelantó, No cambió la dirección del rifle, que al parecer era defectuosa. No apuntó por tanto al pistolero que ya iba a apretar el gatillo. Se limitó a enviar la bala contra el pequeño pedazo de pared que servía de soporte a la viga.

Pareció como si el mundo se hundiera.

La viga y todo el piso que había encima se desplomaron sobre el pistolero, que no pudo lanzar ni un grito de dolor.

Quedó enterrado. Muerto y sepultado. Había sido un trabajo rápido.

Wilcox, desde el otro lado de la calle, lo había visto todo. Lanzó una carcajada.

—¡Bravo, muchacho! ¡Le has ahorrado trabajo al sepulturero!

Bill se sacudió el polvo que le llenaba las ropas. El mismo había estado a punto de quedar enterrado también. Escupió el cigarro que ya no le servía de maldita la cosa.

Fue a ponerse en pie, y en ese momento, al ver algo que estaba detrás de Wilcox, sus nervios vibraron.

—¡Cuidado…!

Aquel aviso salvó la vida de Wilcox, aunque no pudo evitar que la bala le rozara. El pistolero que estaba a su espalda había disparado con precipitación, aunque no falló del todo. La bala hizo astillas la caja de mecanismos del rifle de Wilcox, y al rebotar se hundió en el pecho de éste, hiriéndole.

Bill disparó dos veces, pero ya no pudo alcanzar al pistolero. Éste se había escurrido como una rata.

—Wilcox… ¿estás bien?

—Sólo una rozadura…

—¿Y el rifle?

—Ya no me sirve de nada.

—No te preocupes; entra allí y coge otro.

—¿Otro, eh? ¡Si me muevo, ese pistolero me asa!

—¿Entonces no tienes más que una bala?

—¿Y cuántas crees que necesito?

Bill entrecerró los ojos con una mueca que parecía querer decir: «A veces estás un poco chalado, hijo».

—Yo tengo el revólver bien cargado —murmuró—. Toma mi rifle.

Lo lanzó por los aires, haciendo que cayera prácticamente a los pies de Wilcox.

Éste se inclinó para recogerlo. Pero en aquel momento una bala, disparada a ras del suelo, culebreó como un reptil.

El cañón del rifle saltó, y la bala estuvo a punto de llevarse por

delante los dedos de Wilcox.

Éste se retiró vivamente, lanzando una maldición.

Sus enemigos les habían localizado. Era casi un pequeño milagro el que los dos siguieran vivos aún.

Una arruga de preocupación se dibujó en la frente de Bill. Ése era un síntoma casi excepcional, porque él difícilmente se inquietaba. Pero ahora se daba cuenta de que las cosas empezaban a ponerse mal.

Hizo una seña a Wilcox para que se pusiera a cubierto. El verdugo intentó retroceder, pero no pudo. Si se acercaba a la puerta, quedaba bajo el fuego de sus enemigos.

Bill no tenía más remedio que arriesgarse para salvarle. La situación de Wilcox se iba haciendo insostenible a cada segundo que pasaba.

El joven salió de la casa derruida por una de las ventanas y corrió para tratar de cazar por la espalda a los hombres de «Perro». Mientras tanto Wilcox quiso salir y jugarse la vida a una bala.

Nada tan exacto, porque realmente solo le quedaba una, la que guardaba para «Perro».

Se pegó a la pared. En aquel momento dos balas siluetearon su figura.

El instinto le hizo encogerse. Otro proyectil le rozó el brazo derecho, obligando a que todo éste se tensara.

La mano se abrió mecánicamente. El revólver cayó a tierra.

Wilcox se vio desarmado y fue a recogerlo con un gesto de dolor. Otra bala pasó junto a sus dedos, haciendo que las piedras saltaran. No podía quedarse ni un segundo más allí. Las balas eran como una lotería, pero él terminaría jugando todos los números.

Saltó como pudo al interior de la casa más cercana. También ésta parecía ir a derrumbarse de un momento a otro. Desesperadamente buscó un arma, pero no había ninguna a su alcance.

Y entonces oyó aquellos pasos.

Aquellos pasos lentos, pausados, siniestros, que se acercaban a él.

Capítulo XIII

Bill había llegado a la esquina de la calle. Se pegó a ella, con el revólver a punto. Sentía que, a pesar del frío, las ropas se habían pegado a su cuerpo a causa del sudor. Durante unos segundos de tensión, de dramático silencio, trató de localizar a sus enemigos. Pero éstos se movían como gatos y no hacían el menor ruido.

Se pasó una mano por la boca. Muy cerca de él se movió una piedra, que alguien acababa de lanzar, pero él no cayó en la trampa. Si llega a disparar, movido por el instinto, le hubieran localizado. Así, en cambio, oyó:

—No está por ahí…

—Vamos por el otro lado.

«El otro lado» era la espalda de Bill.

Éste no tuvo más que dar media vuelta. Su revólver pareció lanzar una carcajada ronca al disparar dos veces.

Las dos cabezas quedaron quietas y en igual posición. Como las de dos muñecos. Los botones rojos aparecieron exactamente en el mismo lugar de las dos frentes.

No habían llegado ni a verle. Quedaron como petrificados, como dos estatuas a las que de pronto tumban el pedestal. No lanzaron ni un gruñido al caer a tierra.

Bill suspiró. La tensión que se había apoderado de él, se relajó de pronto. Ya no tenían más enemigos enfrente. Sólo quedaba…

Sus dientes rechinaron al recordar que «Perro» Douglas aún seguía con vida.

Y fue entonces cuando oyó aquel grito de triunfo, aquel salvaje alarido que presagiaba muerte.

* * *

Wilcox lo vio frente a él.

Ahora estaba desarmado, descubierto, quieto. Ahora no tenía ninguna posibilidad de resistir. Y «Perro» Douglas estaba frente a él, apuntándole, acariciando con las dos manos la bala que iba a matarle.

Lanzó aquel grito de alegría. Aquella carcajada mortal que fue la que oyó Bill.

Éste corrió inmediatamente en aquella dirección, saltando por encima de los cadáveres, pero supo ya en el instante de hacerlo que iba a tener que perder unos segundos preciosos. No podía ir en línea recta porque entre él y Wilcox se interponían montañas de escombros. Y dando un rodeo jamás llegaría a tiempo, porque cuando «Perro» reía de aquel modo era porque ya tenía encañonado a su enemigo.

Así era.

El asesino rió. Sus facciones se hicieron anchas, agresivas. Los dientes caninos brillaron. Todo él reflejó una exultante, una vil satisfacción.

Cerró el dedo sobre el gatillo.

Fue a disparar sobre el estómago de Wilcox, para que éste sufriera más.

Wilcox ni siquiera parpadeaba.

—Adiós, verdugo —rió «Perro» Douglas.

Y en aquel momento sus piernas se abrieron. No llegó a disparar. Sus facciones se volvieron grises, turbias. Todo su cuerpo se estremeció. La bala, que acababa de atravesarle la columna vertebral, le produjo un dolor inhumano, un dolor que le hizo lanzar un terrible aullido antes de caer para siempre.

Wilcox estaba como alucinado.

Tuvo que parpadear, creyendo que soñaba, al ver la figura femenina que apareció ante él, al derrumbarse «Perro» Douglas.

—Nora… —balbució.

Nora dejó caer el revólver al suelo. Al chocar el «Colt» contra las piedras, se produjo un chasquido metálico.

—Era el tuyo —dijo Nora lentamente—. Lo he encontrado fuera de aquí. Sólo tenía una bala…

Y volvió la espalda. Wilcox no comprendía por qué su hija se iba

así, sin decir una palabra más. ¿Por qué estaba allí? ¿Y por qué se alejaba? ¿Qué tenía que hacer en aquella ciudad maldita?

Pero su asombro era tan grande que no pudo reaccionar. Por primera vez en su vida se sentía desconcertado. Alzó una mano y murmuró:

—Nora…

Pero ella se alejaba ya, sin que el verdugo supiera adónde.

La muchacha, en cambio, sí que lo sabía.

Dobló la esquina, hacia la que se acercaban pasos apresurados. Y por poco choca de narices con Bill.

Éste también pareció petrificado. También, como Wilcox, no supo qué decir. Y tampoco fue capaz de farfullar más que un par de palabras solamente.

—¿Qué haces aquí?…

—He vuelto cuando estaba a una cierta distancia. Y he esperado.

—Pero… ¿por qué?

—Porque me he dado cuenta de que me gustaba.

—¿Te gustaba?…

—Y he venido a que me des otro.

Bill parpadeó. Por primera vez se sentía confuso. Por primera vez la que llevaba la iniciativa con él era una mujer.

—¿Otro… qué? —balbució.

—¡Otro beso como aquél, idiota!

Y fue ella la que se lo dio. Fue ella la que esta vez le hizo hervir la sangre en las venas.

De pronto, cuando la situación era más comprometida, oyeron una imprecación.

—Pe… ¿Pero qué infiernos es esto?

Wilcox, con las facciones desencajadas, estaba viendo la escenita. Sus manos se abrieron y se cerraron en el aire al menos seis veces.

—¡Malditos! —gritó—. ¡Burros! ¡A ti te meteré en la cárcel, Bill, y a ti, Nora, te encerraré en un convento!

Bill separó un poco sus labios de los de Nora, de la forma que pudo, para susurrar:

—Señor Wilcox, tengo el honor de pedirle la mano de su feísima hija.

—De modo que la conocías, ¿eh?

—Ya ve que nos conocemos ba… bastante.

—¡Pues, no! ¡No, y mil veces no! ¡Nunca daré la mano de mi hija a un forajido!

—Hum… Veo que voy a tener el peor suegro de América. Está bien, amigo Wilcox. Si sabes pensar, razona un poco. Y cuando hayas meditado, pon un telegrama a Washington. Allí te dirán que soy un federal que tenía por misión acabar con los restos de la banda de «Perro» Douglas. Y te dirán también que me metieron en la cárcel con una falsa condena para hacerle hablar y así llegar a saber dónde estaban «Bebé» y los otros… —se persignó— que por cierto en paz descansen. Por si no tienes bastante, te diré que puedo mantener a tu hija.

Wilcox se quedó lívido.

No supo qué decir.

Al final farfulló:

—No sé si ahorcarte o darte mi bendición, descarado.

—Ni una cosa ni otra. Más vale que me des la mano de tu hija.

Nora dijo tranquilamente:

—Concedida. Y cuidado con mirar a otra mujer. Soy capaz de matarte…

Bill se puso a suspirar, antes de que ella le besara de nuevo:

—Ya me matará tu padre…

FIN